

SUDÁN



AL BORDE

Autodeterminación y Unidad Nacional

FRANCIS MADING DENG / PRÓLOGO DE KEVIN M. CAHILL

Sudán al Borde

Autodeterminación y Unidad Nacional

FRANCIS MADING DENG

PUBLICACIÓN CONJUNTA DE **FORDHAM UNIVERSITY PRESS** Y
EL INSTITUTO PARA LOS ASUNTOS HUMANITARIOS INTERNACIONALES
NUEVA YORK 2010

Como tan acertadamente dice un antiguo proverbio sudanés: “un camino difícil necesita un guía competente”. Y no hay mejor guía a través de las complejidades del próximo referéndum sobre el futuro de Sudán que Francis Deng. Con su habitual habilidad y franqueza, describe el camino por recorrer, sin dejar de advertir acerca de las curvas peligrosas y los atajos traicioneros. Su libro es un oportuno apunte acerca de una situación que preocupa gravemente a África y a la comunidad internacional.

KOFI ANNAN, ex secretario general de la ONU y Premio Nobel de la Paz

Conocí a Francis Deng cuando presentaba un trabajo en una reunión, organizada por El Centro Carter y que yo presidía, que había congregado a todas las partes en implicadas en el conflicto de Sudán. Quedé profundamente impresionado con su habilidad intelectual y diplomática para tender puentes y acortar las grandes diferencias entre las partes. Este libro refleja esa cualidad, que tan rara es, desgraciadamente, en los países asolados por la guerra. Espero que sea muy leído y que se tenga muy en cuenta, especialmente por sus paisanos sudaneses.

ARZOBISPO DESMOND TUTÚ, Premio Nobel de la Paz

Sudán se encuentra en un crítico cruce de caminos, ya que el referéndum de 2011 en el sur determinará si el país permanece unido o se divide. Pero tal y como Francis Deng argumenta en este profundo y reflexivo libro, la unidad y la partición no son más que distintos grados de unas relaciones permanentes que pueden ser reforzadas o debilitadas de acuerdo con la voluntad del pueblo y de sus dirigentes. Los intereses mutuos que perdurarán obligan a que las partes establezcan una cooperación sostenible y mutuamente beneficiosa más allá del referéndum, cualquiera que sea el resultado. Breve como es, este libro es la elocuente manifestación de la dedicación de muchos años de Francis Deng a la causa de la paz y la unidad para su país y su gente. Sus profundas opiniones contribuirán sin duda al debate sobre cuestiones de vital importancia para el destino de Sudán y de África.

THABO MBEKI, ex presidente de Sudáfrica y presidente del Grupo de Alto Nivel de la Unión Africana para Sudán

FRANCIS MADING DENG es el asesor especial del secretario general de la ONU para la Prevención del Genocidio. Previamente ocupó el puesto de representante del secretario general de la ONU para los Desplazados Internos; fue embajador de Sudán para los países nórdicos, Canadá y Estados Unidos; y ejerció como ministro de Asuntos Exteriores de Sudán.

KEVIN M. CAHILL es catedrático en *Fordham University*, director del Instituto para Asuntos Humanitarios Internacionales y presidente del Centro para la Cooperación Humanitaria Internacional de la Ciudad de Nueva York. También ha sido asesor jefe para Asuntos Humanitarios y Salud Pública de varios presidentes de la Asamblea General de la ONU.

Todos los beneficios procedentes de esta publicación están destinados a la formación de personal humanitario

“Francis Deng y yo hemos trabajado intensamente durante años con el Movimiento de Liberación del Pueblo Sudanés y sucesivos Gobiernos de Jartum para promover la paz y la unidad en Sudán. No conozco a ningún otro sudanés tan dedicado a acortar las distancias que separan al país. Francis es un firme defensor de la unidad; pero de una unidad basada en la igualdad y la justicia para todos. Este libro arroja luz sobre los desafíos a los que se enfrenta Sudán y debería ser tomado muy en cuenta por aquellas personas que se preocupan por el desarrollo de los acontecimientos en el país”. — **Olusegun Obasanjo**, ex presidente de Nigeria

“Durante las pasadas décadas, Francis Deng ha sido una de nuestras mayores fuentes de conocimiento para comprender el desarrollo de los acontecimientos en Sudán. Siempre me ha sorprendido la capacidad de Deng para analizar la situación con compasión, pero con objetividad, y su remarcable habilidad para ver los puntos de vista de sus oponentes. La perspectiva de Deng acerca de su país es excepcional, por lo que todos aquellos que se interesan por la evolución de los acontecimientos en Sudán deberían prestarle mucha atención”. — **Donald M. Payne**, diputado y presidente del Subcomité sobre África del Congreso de los Estados Unidos

“Este libro muestra un análisis perspicaz de los problemas y una visión refrescante y optimista, sin el cual habríamos fracasado antes incluso de intentarlo. Recomiendo con insistencia que este libro sea de lectura obligatoria para todos los implicados en el proceso de paz en Sudán”. — **Ibrahim Gambari**, representante especial conjunto de la Operación Híbrida de la Unión Africana y las Naciones Unidas en Darfur

“Francis Deng ha escrito un libro de extraordinaria importancia, con mucha información nueva y bien documentada, que señala el camino hacia soluciones prácticas”. — **David A. Hamburg**, presidente emérito de la *Carnegie Corporation* de Nueva York

“El continente africano y la comunidad internacional observan con gran preocupación el próximo referéndum en el sur de Sudán. Como Francis Deng explica en esta breve revisión de la situación, se debe compatibilizar el respeto a la voluntad de las gentes del sur, sea cual sea el resultado, con las aspiraciones de unidad. La construcción de las bases para la unidad nacional mediante la negociación de acuerdos postreferéndum es un reto que los dirigentes de Sudán deben asumir con seriedad y con una visión noble acerca del destino último de la nación.” — **Salim Ahmed Salim**, presidente de la Fundación Julius Nyerere

“El título de este libro destaca los retos a los que se enfrenta Sudán. Este libro debería actuar como catalizador en el debate de estos temas tan sumamente vitales. Es profundo y progresista. Espero que todos los sudaneses, los del norte y los del sur, así como todas aquellas personas que se preocupan por el futuro del país y de sus gentes, lean este libro.” — **Haile Menkerios**, representante especial del secretario general de la ONU en Sudán

“En este breve y ameno libro, Francis Deng expresa de nuevo una visión razonada y articulada—objetiva, pero sutilmente positiva— acerca de cómo tratar las oportunidades y los retos a los que se enfrenta Sudán por el bien del país.” — **Taye-Brook Zerihoun**, secretario general adjunto para Asuntos Políticos de la ONU

“Este libro es un apropiado recordatorio del esfuerzo que Francis Deng ha dedicado durante toda su vida a la promoción de la paz y la cooperación entre los sudaneses. Proporciona una sólida base para el diálogo sobre el futuro de Sudán e ideas acerca de cómo responder a las desafiantes cuestiones a las que se enfrenta el país.”

Jimmy Carter, ex presidente de los Estados Unidos y Premio Nobel de la Paz

Traducido por María José Gámez

Título original: *Sudan at the Brink*

Copyright ©2010 The Institute for International Humanitarian Affairs

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción, el almacenamiento en sistemas de recuperación de datos o la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, reprografía, grabación, o cualquier otro— total o parcial de esta obra sin la autorización previa de la editorial, a excepción de breves citas.

Fordham University Press no se hace responsable de la continuidad o exactitud de las direcciones electrónicas (URL) de sitios web en línea externos o de terceras partes a los que se haga referencia en esta publicación. Tampoco garantiza que el contenido en tales sitios web sea fiable o apropiado.

Fordham University Press también publica sus libros en diversos formatos electrónicos. Algunos contenidos que aparezcan en la versión impresa pueden no estar disponibles en la versión electrónica.

Los datos de catalogación de la publicación en la Biblioteca de Congreso de Estados Unidos están disponibles a través de la editorial.

Impreso en los Estados Unidos de América

ÍNDICE

PRÓLOGO i

INTRODUCCIÓN 1

1. LAS ASPIRACIONES DE UNIDAD NACIONAL 6

2. DIÁLOGO SOBRE LA PAZ 11

Agradecimiento a la calurosa bienvenida 12

Mi visión personal sobre la unidad 13

La visión del SPLM/A sobre unidad 14

El desafío del SPLM/A al país 16

Cuestiones para el Diálogo Nacional 17

El alcance del diálogo nacional 20

Comentarios finales 22

3. SIMPOSIO SOBRE LA AUTODETERMINACIÓN Y LA UNIDAD 23

La premisa del discurso inaugural 23

El punto de vista del participante-observador 24

Cuestiones críticas a abordar 25

Las soluciones del Acuerdo General de Paz 27

Desafíos para el país 28

Comentarios finales 29

4.- ACTUALIZACIÓN SOBRE LA SITUACIÓN 31

5. LOS DIEZ PRINCIPIOS EN LAS NEGOCIACIONES 36

Exposición de los principios 38

El equilibrio entre lo universal y lo particular 41

CONCLUSIÓN 42

EL INSTITUTO PARA ASUNTOS HUMANITARIOS INTERNACIONALES 44

PRÓLOGO

Conocí a Francis Deng hace casi cincuenta años cuando yo era un joven médico que trabajaba en el sur de Sudán. Ya en aquel entonces la región estaba en guerra. Muchos civiles inocentes eran asesinados y mutilados, y se amenazaba con la destrucción a una civilización ancestral. Pero también entonces fui testigo del comienzo de una noble y tenaz lucha por el entendimiento, la reconciliación y la paz, plasmada en el trabajo de Francis Deng, al que ha dedicado toda su vida. Durante décadas he mantenido un estrecho contacto con Sudán: he regresado al país para llevar a cabo investigaciones médicas, proyectos de asistencia humanitaria y programas de formación. A lo largo de todo este tiempo, Francis Deng ha sido un constante y sabio mentor que me ha ayudado a entender la muy compleja, y a menudo distorsionada, situación política del momento y sus efectos tanto en el norte como en el sur.

La mirada del mundo se fija ahora en Sudán no solo por la trágica crisis en la región occidental de Darfur, sino también por la precaria situación que se vive en el sur del país. Tras medio siglo en el que se han librado dos guerras entre el norte y el sur (1955-1972 y 1983-2005), el Gobierno de Sudán y el Movimiento y el Ejército de Liberación del Pueblo Sudanés firmaron el Acuerdo General de Paz en 2005, fruto de las prolongadas negociaciones en las que otros países de la región y de la comunidad internacional desempeñaron un papel de mediación clave.

El acuerdo de paz reconoció a las gentes del sur el derecho a la autodeterminación, a ejercer en un referéndum que se celebraría tras un periodo de transición de seis años, durante el cual las partes se comprometían a presentar de forma atractiva la opción de la unidad nacional. A tan solo unos meses del referéndum, fijado para enero de 2011, la opinión generalizada es que el sur votará a favor de la independencia.

Al margen del particular caso de Eritrea, Sudán sería el primer país africano en escindirse, lo que constituiría un alejamiento radical del casi sacrosanto principio de la preservación de las fronteras coloniales propugnado por la originaria Organización para la Unidad Africana y por su sucesora, la Unión Africana. La independencia de Eritrea de Etiopía se justifica normalmente con que había sido un estado colonial

independiente que se adhirió a Etiopía en forma de protectorado y fue más tarde anexionado.

Sudán, el país más extenso de África, tiene una especial importancia para el continente por su potencialmente enriquecedora diversidad como punto de unión entre el África subsahariana, el norte africano y Oriente Medio. Ahí confluyen todos los elementos de identidad del continente en cuanto a raza, etnia, religión y cultura. En Sudán también abundan recursos naturales de vital importancia para atender las necesidades no solo del país, sino también de la región y parte del mundo.

El reciente descubrimiento de lucrativas reservas petrolíferas ha atraído a los mayores consumidores mundiales y ha dado a conocer el país a nivel internacional. Pero Sudán ya se consideraba desde hace mucho tiempo el granero potencial del norte de África y de Oriente Medio gracias a sus vastas superficies cultivables y a sus enormes reservas de agua. El país también es rico en ganado, de gran interés para Oriente Medio, y en minerales, aún no explorados por completo y mucho menos explotados.

Sudán hay mucho en juego y los resultados a la situación que vive pueden ser bien opuestos. Si se resuelve con éxito, el caso de Sudán puede tener un impacto positivo en África, en Oriente Medio y, por extensión, en el mundo. Por el contrario, la fragmentación y el fracaso podrían tener efectos devastadores más allá de las fronteras del país y de la región.

En este breve a la par que exhaustivo libro, Francis Deng ofrece un análisis creativo de la situación, cuyo objetivo es abordar, y esperamos que resolver, los complejos dilemas a los que se enfrenta Sudán, África y la comunidad internacional ante la crítica decisión que el sur tomará en enero de 2011. Hay consenso en que el Acuerdo General de Paz debe aplicarse fielmente, el referéndum debe realizarse de forma creíble y la decisión de las gentes del sur de Sudán tiene que ser plenamente respetada.

Sin embargo, existe una gran preocupación sobre de la partición del país y las repercusiones que pueda tener para Sudán, para el continente africano y para la comunidad mundial. Desde el punto de vista material, la comunidad internacional lleva invertidos miles de millones en asistencia humanitaria en Sudán y la ONU y la Unión Africana tienen desplegadas dos importantes operaciones de mantenimiento

de la paz —en el sur y en Darfur—. Si el referéndum del sur y los resultados que de ahí salgan no son gestionados con cautela, la comunidad internacional podría tener que hacer frente de nuevo a otra crisis de graves consecuencias humanitarias y económicas.

Este libro es la poderosa declaración de un individuo que está seriamente preocupado por la situación de su gente y el destino de su país. Un hombre que, en muchos sentidos, simboliza las aspiraciones nobles de una unidad en la que la diversidad sea considerada como fuente de riqueza, y no de conflicto destructivo, y la igualdad entre sus ciudadanos sea plena.

Francis Deng proviene de la región de Abyei, fronteriza entre el norte y el sur, donde generaciones de sus antepasados como jefes tribales jugaron un papel clave en la unión entre el norte y el sur en colaboración con su contraparte árabe: el pueblo miseriya. A su padre, el que fuera el jefe Deng Majok del pueblo ngok dinka, y a Babo Nimir, jefe árabe miseriya, se les reconoce el mérito de haber creado un modelo de coexistencia y cooperación amistosa entre razas, etnias, culturas y religiones; un modelo que el país necesita para fomentar la paz y la unidad nacional duraderas.

Aunque los ngok dinkas de Abyei son, según todos los criterios, sureños, la región que habitan fue administrada como parte del norte, lo que les otorgó un estatus favorable durante la etapa colonial. La independencia perturbó el delicado equilibrio que los británicos habían mantenido para satisfacción de los dinkas. En respuesta a su posición de subordinación y desventaja como minoría entre los árabes, los ngok dinkas lucharon junto a sus familiares y amigos del sur en las dos guerras de liberación. El Protocolo de Abyei del Acuerdo General de Paz les concede el derecho a elegir, mediante un referéndum a celebrar simultáneamente con el del sur, entre permanecer en el norte o unirse al sur.

Más allá del historial de liderazgo de su familia, Francis Deng ha dedicado la mayor parte de su vida a la búsqueda de la paz y la unidad en su país. Esta tarea la ha llevado a cabo en su papel de diplomático, como embajador de Sudán en destacados destinos y ministro de Asuntos Exteriores, y también como académico y literato, que ha quedado reflejada en sus numerosas publicaciones. Durante doce años ocupó el puesto de representante del secretario general de la ONU para los

Desplazados Internos y en la actualidad es asesor especial del secretario general de la ONU para la Prevención del Genocidio, con categoría de vicesecretario general.

Este libro es un testimonio abreviado del empeño de toda una vida, presentado con humildad y dedicación desinteresada a la causa de la paz en Sudán. Francis Deng ha sido un convencido partidario de la unidad de su país. Pero ha de ser una unidad que se fundamente en la igualdad plena de todos sus pueblos; de la que todos los sudaneses se sientan parte con orgullo y dignidad en igualdad de condiciones; y cuya política exterior sirva a los intereses de Sudán mediante el establecimiento de relaciones mutuamente beneficiosas con los países africanos, árabes, cristianos, musulmanes y con otras naciones del mundo.

Desgraciadamente hasta el momento, Sudán no ha logrado estar a la altura de esta noble aspiración. Si los votantes optan por la unidad, ésta deberá llevarse a cabo de una manera mucho más equitativa que en el pasado. Si eligen la independencia, el proceso de partición tendrá que ser tan pacífico y armonioso como sea posible, y tanto el norte como el sur deberán trabajar para establecer un modelo de estrecha asociación y cooperación, dejando abierta la posibilidad de reunificación si se dieran las condiciones apropiadas.

Este libro es una lectura obligada para todas aquellas personas que se preocupan por lo que sucede en Sudán en este momento crítico de su historia. Cualquiera que sea la opción que elijan los sudaneses en el referéndum de enero de 2011, es imprescindible que sea una decisión fundada que tenga en cuenta las consecuencias tanto de la independencia como de la unidad. Estas opciones serán probablemente debatidas en la Asamblea General de la ONU y cuidadosamente analizadas en otros muchos foros donde se considerará el futuro de la ayuda humanitaria, las operaciones de mantenimiento de la paz y el desarrollo.

Muchas personas han aunado su esfuerzo para que este libro pueda servir de base para estos debates. El rector de *Fordham University*, el jesuita Joseph M. McShane; el vicerrector de Asuntos Académicos, Stephen Freedman; y el decano de la Facultad de las Artes y las Ciencias, Nancy Bush, se merecen todos mi profunda gratitud por su compromiso con la rápida publicación de este libro. Fredric Nachbaur, director de *Fordham University Press*, y todo el personal del servicio de publicaciones han dedicado su valía profesional, y sus noches y fines de semana, para asegurar que

este libro estuviera disponible a tiempo para el oportuno debate en la Unión Africana y otros grupos implicados. Por último, quiero dar las gracias a Brendan Cahill y al personal del Instituto de Asuntos Humanitarios Internacionales de *Fordham University*.

Sudán al Borde es el noveno volumen de la serie de publicaciones del Instituto de Asuntos Humanitarios Internacionales y es una importante contribución a nuestros extensos programas de formación. Este libro también ha contado con el apoyo del Centro de Cooperación Humanitaria Internacional.

Dr. Kevin M. Cahill

Catedrático de *Fordham University*

Director del Instituto de Asuntos Humanitarios Internacionales

INTRODUCCIÓN

Tras años de largas negociaciones en las que participaron mediadores regionales e internacionales, el Gobierno de Sudán y el Movimiento y el Ejército de Liberación del Pueblo Sudanés (SPLM/A, en sus siglas en inglés) firmaron el Acuerdo General de Paz (AGP). Las reacciones en Sudán y en el extranjero sobre el acuerdo alcanzado fueron diversas. Los sudaneses del sur respondieron con júbilo, fundamentalmente porque se les reconocía el derecho a la autodeterminación mediante un referéndum que se celebraría al final de un periodo de transición de seis años y les permitiría optar entre la unidad y la secesión. La percepción generalizada entre los sudaneses del norte era que el acuerdo hacía demasiadas concesiones al sur: autonomía total, una significativa participación en el Gobierno de Unidad Nacional, así como la opción de la independencia pasados seis años. Por su parte, la comunidad internacional se sintió aliviada al ver que la encarnizada guerra que se había prolongado de forma intermitente durante medio siglo había, por fin, terminado. Pese a que la posibilidad de partición del país seguía siendo motivo de preocupación, la estipulación recogida en el acuerdo de paz de que se tomarían medidas para que la opción de la unidad resultara atractiva al sur proporcionaba motivos para sentirse optimistas y pensar que Sudán sobreviviría como una nación unida.

Quizás a causa de las ambivalencias del acuerdo, considerado por ambas partes más como el resultado de las presiones internacionales que como la expresión de la voluntad nacional, la aplicación del AGP ha estado plagada de dificultades y controversias. En el norte los partidos de la oposición que habían sido excluidos de las negociaciones se han mostrado hostiles al acuerdo. Ni siquiera ha habido consenso en la aceptación del AGP entre los miembros del partido en el Gobierno que negoció el acuerdo, el Partido del Congreso Nacional (NCP, en sus siglas en inglés). Las tres zonas fronterizas de Abyei, Nilo Azul y Kordofán Meridional, que han sido objeto de protocolos especiales, plantean sus propios problemas, ubicadas como están entre el norte y el sur.

El protocolo de Abyei reconoció a su población el derecho a decidir en referéndum, a celebrar simultáneamente con el del sur, si permanecen en el norte o se unen al sur. Pero persistían las discrepancias acerca de las fronteras de la

región, que habían sido inicialmente demarcadas por la Comisión de Fronteras de Abyei y rechazadas por el Gobierno, dominado por el NCP, aduciendo que la comisión se había excedido en su mandato. Acerca de la disputa se pronunció más tarde un tribunal especial de arbitraje de La Haya, pero su sentencia no ha sido ejecutada. Paradójicamente, la que se conoce como la rica región petrolífera de Abyei no muestra ningún síntoma de riqueza y el 2% de los ingresos provenientes del petróleo extraído en el territorio, que el Protocolo de Abyei asigna a la región, no ha sido puesto a disposición de su población. Además, no queda claro si el Gobierno de Abyei está recibiendo de Jartum los fondos que le corresponden de acuerdo con el presupuesto nacional ordinario.

El protocolo sobre las otras dos regiones establece una consulta popular para decidir si sus habitantes aceptan las disposiciones especiales del AGP. Esta disposición, por imprecisa, es controvertida y se presta a interpretaciones contradictorias que van desde distintos grados de autonomía dentro del norte, hasta la opción de elegir entre seguir siendo parte del norte o unirse al sur.

Otro aspecto problemático en la aplicación del AGP fue el deterioro de la situación en Darfur. La comunidad internacional tendió a restarle importancia a la crisis en Darfur porque temía que le arrebatara la atención a las negociaciones en curso del AGP, en las que ya se habían alcanzado algunos puntos críticos. Luego, una vez firmado el AGP y con la crisis en Darfur empeorando hacia una tragedia de gran magnitud, la atención se centró en Darfur y el AGP quedó relegado a un segundo plano. Ni siquiera se cumplieron los compromisos de ayuda adquiridos durante la conferencia de donantes de Oslo, los cuales hubieran llevado al sur los dividendos de la paz.

En resumidas cuentas, la paz se mantenía de forma precaria bajo el AGP, pero la implementación de las disposiciones relativas al reparto del poder y de la riqueza, la seguridad, el censo, la demarcación de las fronteras y la celebración de elecciones en el periodo de transición, resultaba muy polémica y mostraba la profunda desconfianza entre las partes. Para el sur lo más importante era impedir que el AGP fracasara y con él su más valioso logro: el ejercicio del derecho a la autodeterminación. El norte se mostraba ambivalente, a medio camino entre oponerse o menoscabar aquellas disposiciones del acuerdo que favorecían al sur y evitar la vuelta a la guerra. La mayoría de los observadores parecían convencidos

de que el NCP no respetaría el derecho a la autodeterminación del sur, a pesar de las retóricas declaraciones de sus dirigentes afirmando lo contrario.

Paradójicamente, aunque la preservación de la unidad nacional se consideraba de primordial importancia, especialmente para el norte, no se estaba haciendo lo suficiente para que fuera una opción atractiva para el sur. Esto dio lugar a suspicacias en determinados círculos, también del norte, de que en realidad el NCP estaba a favor de la secesión del sur para liberarse del factor no musulmán que les impedía poner en marcha su proyecto árabe-musulmán. Los más cínicos creían que al NCP no le preocupaba la secesión porque en realidad no tenía intención alguna de respetar el derecho a la autodeterminación.

A medida que el periodo de transición llegaba a su fin, los países de la región y la comunidad internacional empezaron a considerar más seriamente las posibles implicaciones del ejercicio del derecho a la autodeterminación del sur. Cuanto más mostraba la comunidad internacional su determinación en apoyar la plena aplicación del AGP, incluida la celebración del referéndum de autodeterminación dentro del plazo acordado, y más evidente era que la unidad no se había convertido en una opción atractiva y que por tanto la secesión era el resultado más probable, más crecía la preocupación y más se centraba la en las consecuencias negativas de la partición del país.

Destacadas personalidades internacionales y regionales comenzaron a cuestionar lo acertado de permitir la secesión del sur, que empezaba a verse como una catástrofe potencial para el propio sur, Sudán en su conjunto, África del este y todo el continente. Estas voces de alarma estaban muy en sintonía con lo que el norte siempre había aducido: que el sur no estaba preparado para la independencia y que, sin el factor aglutinante del conflicto con el norte, las guerras entre las tribus del sur destruirían la región y el caos sería tal que pondrían en peligro a Sudán y a toda la región. De hecho, el aumento de los conflictos entre las tribus del sur —que los sureños atribuyen, en parte al menos, a las maquinaciones del norte— resultó ser una profecía autocumplida del norte. Incluso algunos dirigentes africanos bienintencionados se instalaron en una crítica revisionista de las disposiciones del AGP acerca de la autodeterminación, considerándolas como un mal ejemplo para África que destaparía la caja de Pandora de los movimientos independentistas en el continente.

Con el referéndum de autodeterminación de enero a punto de celebrarse, el debate sobre las perspectivas de la unidad nacional se ha intensificado. Paradójicamente, Jartum ha empezado también a hacer campaña por todo el país a favor de la unidad. En este intento tardío de hacer de la unidad una opción atractiva, el Gobierno ha puesto en marcha proyectos de desarrollo en el sur. Aunque parezca demasiado tarde para que tales iniciativas influyan de forma significativa en la postura de la mayoría de los sureños, no es demasiado tarde para debatir los aspectos positivos de la unidad y si la autodeterminación es compatible con la preservación de la unidad nacional.

Este libro pretende contribuir a ese debate mediante la revisión del concepto de unidad para que continúe siendo un objetivo, cualquiera que sea el resultado del referéndum de 2011 en el sur. Opte el sur por la unidad o la independencia, las dos partes del país mantendrán su proximidad geográfica, seguirán interactuando y, en diversas maneras, serán incluso más interdependientes de lo que han sido hasta ahora. Todo ello significa que indudablemente habrá importantes elementos de unidad más allá de la partición. La unidad y la partición representan distintos grados de relación. Así pues, el reto para el norte y para el sur es establecer mecanismos que hagan compatibles la partición con la continuación ininterrumpida de relaciones.

Tras esta introducción, el libro hace un breve repaso de la situación centrándose en las aspiraciones de unidad nacional. A continuación incluye dos discursos: el primero fue pronunciado en la conferencia *Diálogo Nacional sobre la Paz* organizada en 1989 por la recién nacida Revolución para la Liberación Nacional, que acababa de tomar el poder hacia tres meses; y el segundo fue el discurso inaugural en el *Simposio sobre la Autodeterminación y la Unidad Nacional* copatrocinado por la Misión de las Naciones Unidas en Sudán (UNMIS, en sus siglas en inglés) en 2009. El texto prosigue con unos apuntes sobre la situación de Sudán que escribí poco después de mi regreso del simposio. Teniendo en cuenta que las negociaciones sobre los miles de conflictos que aquejan Sudán se topan continuamente con nuevos desafíos, he añadido un capítulo titulado “Los Diez Principios de las Negociaciones”. El libro concluye con una visión optimista de un *Nuevo Sudán* como punto de partida común para forjar la unidad, incluso más allá de la posible partición tras el referéndum.

Huelga decir que he escrito este libro a título personal, no como asesor especial del secretario general de la ONU para la Prevención del Genocidio, y que los puntos de vista expresados son totalmente personales y no necesariamente compartidos por el secretario general o la ONU, así como tampoco reflejan los posicionamientos de la editorial.

1. LAS ASPIRACIONES DE UNIDAD NACIONAL

El AGP, firmado en 2005 entre el Gobierno de Sudán y SPLM/A, reconoce al sur el derecho a independizarse, pero también dispone que se tomen todas las medidas necesarias durante un periodo de transición de seis años para que la opción de la unidad resulte atractiva al sur. Esta estipulación implica que la responsabilidad de promocionar la unidad recae sobre el norte. La opinión predominante en el sur es que el empeño en lograr una versión de unidad nacional poco flexible ha costado al país en general, y al sur en particular, demasiadas vidas humanas, destrucción y retraso en el desarrollo. Se requiere con urgencia una idea de unidad más flexible y constructiva y una estrategia para lograrla.

Es fácil entender que el norte, que ha controlado la idea tradicional de unidad, desee mantener ese modelo, con todo lo que ofrece en cuanto al control del poder, la riqueza, los servicios sociales, las oportunidades de desarrollo y la definición del país como árabe e islámico. Pero este modelo ha sido rebatido desde siempre y los movimientos de liberación se han opuesto de forma violenta al statu quo desde la independencia. Por ello, no sorprendería que una facción importante de la élite árabe-musulmana del norte que controla el Estado considere ahora al sur como una distracción de la visión monolítica del norte de un Sudán árabe e islámico. Desde esta perspectiva, la secesión del sur se podría percibir como un alivio. Sin embargo, para complicar aún más la situación, hay facciones en el norte que, aunque compartan la idea tradicional de un Sudán árabe e islámico, se oponen a la versión de resurgimiento islámico del NCP y a su monopolio del poder y de los recursos naturales. Estos grupos de oposición querían utilizar al sur como herramienta para lograr un cambio de régimen —práctica habitual desde la independencia—. También están aquellos que genuinamente creen en un Sudán laico y de orientación más africana, para los que el sur es un aliado natural. Estos grupos, en absoluto confinados a las regiones no árabes marginadas, verían la independencia como un gran debilitamiento de su fuerza opositora y de su capacidad para derrocar el sistema o presionar a favor de reformas globales.

En lo que al sur respecta, la gran mayoría es partidaria de la secesión y la creación de un estado laico africano independiente. Ese era el objetivo de la primera guerra de liberación (1955-1972). Sin embargo, el objetivo declarado de la segunda guerra (1983-2005) era la liberación de todo el país y la creación de un *Nuevo Sudán* igualitario, sin discriminación por razón de raza, etnia, religión, cultura o género. Esta visión encontró resistencia dentro del SPLM/A y produjo un enfrentamiento violento entre separatistas y unionistas. La idea fue más tarde aceptada con ciertas dudas en el sur como una hábil estrategia del dirigente del SPLM/A, John Garang, para neutralizar los sentimientos antisecesionistas en

Sudán, en África y en el mundo, y lograr apoyos a favor de los nobles principios de la justicia y la igualdad. Los grupos dominantes del norte pensaron que la idea de un *Nuevo Sudán* era ingenua y presuntuosa, además de ofensiva para la identidad nacional árabe-islámica establecida. Con el tiempo fue ganando más aceptación popular, especialmente en las regiones marginadas no árabes del norte —las montañas de Nuba, el Nilo Azul, Darfur y la zona de los bejas en las montañas costeras del Mar Rojo—, que se alzaron en armas en una cadena de rebeliones regionales interconectadas. Incluso los nubios, en el lejano norte, adoptaron la idea del *Nuevo Sudán* y se enorgullecieron de su civilización africana preislámica del valle del Nilo.

La idea del *Nuevo Sudán* tenía por objeto corregir dos distorsiones históricas asociadas al *Viejo Sudán*. La primera es la autopercepción de los grupos arabizados dominantes del centro del país, que —a pesar de ser híbridos afro-árabes con los rasgos africanos visiblemente más marcados— se ven a sí mismos como árabes desde el punto de vista racial, étnico y cultural, con el islam como un factor cada vez más determinante, a costa de abandonar, e incluso desdeñar, los elementos africanos. La segunda distorsión es la proyección de esta autopercepción distorsionada como identidad del conjunto del país, pese a la diversidad racial, étnica, cultural y religiosa de Sudán.

Los sociólogos afirman que en la construcción de la identidad es más importante quién cree uno mismo que es, que quién es objetivamente. Esto sería aceptable si las autopercepciones no tuvieran consecuencias negativas para otras personas. En el caso de Sudán, las autopercepciones distorsionadas han sido el fundamento de la discriminación, la marginación, la exclusión y la negación de derechos fundamentales y libertades civiles a grupos que son la mayoría de las gentes del país. En aras de una paz sostenible y de la unidad nacional, habría que corregir estos mitos divisivos y explorar y consolidar los elementos comunes. Ambas partes saldrían beneficiadas con este enfoque que no niega ni los elementos africanos, ni los árabes.

Inicialmente, la percepción de Sudán por parte de los sudaneses y del mundo exterior se reducía a un dualismo simplista: por un lado, el norte árabe-musulmán, a pesar de que la inmensa mayoría de las habitantes del norte no son árabes aunque sí musulmanes; y por otro lado, el sur africano que comprendía a los adeptos a las creencias tradicionales y a los recién convertidos al cristianismo. Durante la época colonial, los británicos desarrollaron el norte —especialmente el centro árabe— en el ámbito económico y político, y se olvidaron del sur. También descuidaron las regiones periféricas no árabes del norte, que fueron subsumidas en la identidad árabe-musulmana del norte, lo que sus habitantes asociaron con una falsa sensación de superioridad. Para el sur, la independencia de Sudán significó fundamentalmente que los árabes sustituyeron a los británicos en una suerte de colonialismo interno, lo que provocó la primera guerra que

finalizó con el Acuerdo de Addis Abeba y concedió al sur la autonomía regional. La abrogación unilateral de ese acuerdo diez años más tarde desencadenó la segunda guerra, en la que se propugnaba la idea del *Nuevo Sudán*, que terminó con la firma del AGP.

Aunque el *Nuevo Sudán* se considerara el proyecto original de John Garang, el SPLM/A lo usó como tema central en las canciones de guerra del movimiento. La esencia del mensaje transmitido en estas canciones era que los pueblos indígenas de Sudán reclamaban el país en su totalidad, norte y sur, y que aquellos que se identificaran como árabes debían volver su tierra de origen, fuera de las fronteras de Sudán. Rechazaban la autonomía por considerarla un acuerdo en el que se renunciaba a la totalidad del país.

Los dirigentes políticos elaboraron este mensaje utilizando un lenguaje más sofisticado de inclusión e igualdad, sin discriminación por razón alguna. El orgullo de la identidad africana que el sur transmitió a todo el país empezó a despertar la conciencia africana en las regiones no árabes marginadas del norte. A medida que el mensaje iba calando en esas regiones, la idea del *Nuevo Sudán* se convirtió en una amenaza real para la región árabe del centro. Los Hermanos Musulmanes, que se transformaron repetidas veces en su búsqueda del poder —cuya última identidad política es el partido en el Gobierno, el NCP—, recurrieron al resurgimiento islámico para hacer un llamamiento a la guerra santa (*jiha*d) contra los infieles del sur y los laicos antiislamistas del norte. La guerra se recrudeció y se convirtió en un conflicto de identidades de suma cero —en el que una parte gana poder, reconocimiento y estatus social a expensas de la pérdida de la otra parte— no solo entre el norte y el sur, sino también dentro del propio norte.

En medio de la crisis por la caída de Mengistu Haile Mariam, el hombre fuerte de Etiopía que había sido partidario incondicional del SPLM/A, el movimiento se dividió una vez más de forma violenta: de un lado, los oficiales disidentes al mando que volvieron al viejo objetivo de la autodeterminación del sur con vistas a la independencia; y del otro, el grupo dominante que seguía comprometido con la idea del *Nuevo Sudán*. Aunque fue ésta última la corriente que se impuso, el principio de autodeterminación, que había sido el objetivo común en la lucha del sur desde la independencia país, se convirtió años más tarde en la pieza clave de las negociaciones del SPLM/A con el Gobierno.

Pese a que un modelo atractivo de unidad nacional habría podido ser una alternativa real a la independencia, cinco años después de la firma del AGP todo el mundo estaba de acuerdo con que la unidad no era una opción atrayente y que lo más probable es que el sur votara a favor de la independencia en el referéndum de autodeterminación del 2011.

El eslabón perdido de esta cadena es John Garang, el principal promotor y defensor del *Nuevo Sudán*, cuya muerte en un accidente de helicóptero tan solo dos semanas después

de que jurara el cargo de vicepresidente primero de la República y presidente del Gobierno del Sur de Sudán conmocionó a Sudán, a África y al mundo entero. La manera en que Garang fue recibido en Jartum por millones de personas provenientes de todas las regiones de país, a su regreso tras más de veinte años en la jungla liderando la lucha por la liberación, constituía una amenaza real para los adeptos al *Viejo Sudán*. Si Garang no hubiera muerto, hay muestras claras de que su liderazgo habría trascendido la línea divisoria norte-sur y habría sido un formidable rival para Al-Bashir en las elecciones presidenciales. Si hubiera llegado a presidente, habría sabido utilizar su proyecto del *Nuevo Sudán* para aunar las fuerzas de todo el país y promover la transformación democrática del sistema de gobierno tal y como recoge el AGP.

Pero John Garang no está y la pregunta ahora es: ¿Qué opciones le quedan a Sudán? La unidad, tan deseable como es, solo se puede alcanzar y mantener en un Sudán en el que tenga cabida la diversidad, en un marco de igualdad y de no discriminación por razones de raza, religión, cultura o género. Y esa precisamente es la idea del *Nuevo Sudán*. Pero esta visión no puede ser aceptada por aquellas personas comprometidas ideológicamente con el proyecto y la identidad árabe-musulmana de todo el país. Esta es la posición del partido en el Gobierno, el NCP, una reencarnación del Frente Islámico Nacional y de sus predecesores el Frente de la Carta Islámica y los Hermanos Musulmanes.

Los liberales del norte querrían que el sur, el SPLM/A en particular, continuara defendiendo la unidad en un *Nuevo Sudán*. Para todos aquellos que desean que Sudán permanezca unido ésta es una visión noble, al igual que lo fue la nueva Sudáfrica que propugnó el Congreso Nacional Africano bajo el sabio liderazgo de Nelson Mandela. Pero esta elevada visión requeriría por un lado que el sur siguiera sacrificándose en la lucha por un noble, pero difícil de alcanzar, objetivo; y por otro, que el NCP aceptara la transformación.

Al norte hay que reconocerle que sin el apoyo que la causa del sur recibió de los nubas y de los ingasanas (funj), que se unieron al SPLM/A a mitad de la década de los ochenta, y de otros muchos que combatieron fuera del movimiento, sería inconcebible lo mucho que el sur ha ganado con la lucha.

Los sudaneses se enfrentan ahora a decisiones claves. Continuar en un Sudán unido bajo el orden establecido es a todas luces inaceptable, no solo para el sur, sino también para las regiones no árabes del norte. Para el sur, la implementación plena del AGP es la manera más creíble y pacífica de avanzar. Como ya se ha mencionado, se espera que el referéndum de autodeterminación del sur conduzca a la independencia. En las regiones marginadas no árabes del norte, los nubas, los ingasanas (funj), los bejas, los darfuríes y los nubios en el lejano norte, que siguen descontentos con el sistema del *Viejo Sudán*,

continuarán la lucha por la igualdad en un *Nuevo Sudán* y los movimientos de liberación regionales del norte buscarán el apoyo del sur. A su vez, el apoyo del sur muy probablemente desencadenaría la manipulación por parte del norte de las diferencias étnicas en el sur para minar su estabilidad y su independencia. Por consiguiente, aunque las dos naciones se separen políticamente, la influencia que cada una de ellas puede ejercer sobre la otra persistiría, creando quizás incluso más inestabilidad que la existente.

Así pues, es necesario el consenso entre las formaciones políticas más importantes del país. La opción de la unidad requeriría un marco de autonomía real para que todas las regiones (con o sin el sur) se autogobernaran y disfrutaran de una representación equitativa en el Gobierno de Unidad Nacional, con una distribución justa de poder, riqueza, servicios sociales y oportunidades de desarrollo. En el caso de la independencia del sur, se necesitaría un modelo de partición amigable entre el norte y el sur; un justo reparto de los recursos naturales tras el referéndum, en particular de los ingresos provenientes del petróleo; la apertura de las fronteras y la libertad de movimiento, residencia, empleo; y la opción a elegir la ciudadanía. Y lo que es más importante, tanto el sur como el norte seguirían siendo piezas claves de un proceso de integración económica y política regional más amplio, que supone un desafío mayor que el del inminente referéndum y que es en parte esencial de la marcha histórica hacia la unidad africana.

2. DIÁLOGO SOBRE LA PAZ

En septiembre de 1989, menos de tres meses después de que la alianza entre el Frente Islámico Nacional y los islamistas del ejército sudanés tomaran el poder el 30 de junio de ese año en nombre de la Revolución para la Salvación Nacional, Bona Malwal y yo viajamos a Addis Abeba para reunirnos con John Garang de Mabior, dirigente del SPLM/A, y hablar sobre la situación del país y de la región. Siguiendo mi principio de mantener el contacto con todas las partes, decidí continuar a Jartum tras nuestra visita a Addis Abeba para reunirme con los nuevos dirigentes políticos. A mi decisión se oponían con firmeza mis familiares y amigos, pero yo insistí en ir. No sabía cómo iba a ser recibido, pero quedé gratamente sorprendido con la calurosa bienvenida. Gracias a los buenos oficios del coronel Martin Machwei Malwal, uno de los tres sureños en el Consejo de Mando de la Revolución, me reuní con el general Omar Hassan al-Bashir, líder de la revolución, y con casi todos los miembros del consejo. A petición mía, se me autorizó incluso a visitar a miembros del Gobierno anterior que estaban detenidos en la prisión de Kober, entre los que se encontraban Sayed Sadiq al-Mahdi, Sayed Mohamed Osman al-Mirghani y Hassan al-Turabi, quien paradójicamente se erigió más tarde como líder espiritual de la revolución.

Llegué a Jartum cuando se convocaba el *Diálogo Nacional sobre la Paz* y me informaron que estaban a punto enviarme a Washington una invitación a participar en el debate. Tenía que regresar a EEUU para atender mis obligaciones y no podía quedarme a la conferencia, pero me pidieron que pronunciara un discurso. Expliqué que estaba allí para aprender y que no tenía suficiente conocimiento de la situación para hacer declaraciones, pero el coronel Martin Malwal y sus colegas me pidieron que participara no fuese que mi silencio se malinterpretara como oposición. Al aceptar la invitación, decidí que diría la verdad como yo la veía, con educación pero con firmeza. En este capítulo incluyo la transcripción de mi discurso en la conferencia.

Tanto el contenido como el tono de mi discurso deben ser entendidos en el contexto del momento: en los tres primeros meses de la fase inicial de la revolución, cuyos colores y tendencias islámicas, aunque todavía no habían cristalizado, ya generaban polémica. Debo también puntualizar que en ese tiempo el SPLM/A estaba aún unido en el objetivo del *Nuevo Sudán*. La corriente separatista no emergió con fuerza hasta agosto de 1991, tras la escisión de Riek Machar, Lam Akol y Gordon Kong; y la reivindicación de la autodeterminación, que se convertiría luego en un elemento de consenso en el sur, llegó aún más tarde. El SPLM/A sigue sin haber abandonado su llamado a un nuevo y democrático Sudán. Lo que sí ha cristalizado como consecuencia del AGP es que ahora al sur se le reconoce el derecho a la autodeterminación mediante un referéndum que

incluye la posibilidad de la independencia, pero solo después de hacer lo posible por convertir la unidad en una opción atractiva.

Yo, hasta el momento, siempre he visto tres opciones posibles: la unidad basada en un nuevo y profundamente reestructurado Sudán, una modalidad flexible de coexistencia que intentaría reconciliar la unidad con el separatismo y la partición total. Debo decir, sin embargo, que la crisis de identidad nacional, que ha sido objeto de considerable atención en años recientes, persistirá cualquiera que sea la opción que se adopte. Incluso si el sur se independiza, el norte, dada su composición, tendrá que tratar su propia crisis de identidad, especialmente en lo que se refiere al dualismo árabe-africano. Teniendo en cuenta el elevado número de noruegos que provienen del sur, es probable que ni siquiera la secesión haga desaparecer los lazos de parentesco y las afinidades culturales que unen las dos partes del país, pese a que la animadversión prolongada haya tendido a eclipsarlas. Además son muchos los sureños que viven en el norte que han mantenido en distinto grado en secreto sus orígenes, pero que querrán salir a la luz si el sur gana reconocimiento y logra proyectar una imagen más respetable. Habrá por tanto que recapacitar sobre las relaciones que en general mantienen los sudaneses de ambas regiones. En esta línea, el debate actual sobre el futuro del país, más allá incluso del referéndum, debería incluir como elemento clave el modelo de identidad nacional unificada y un plan para desarrollarlo y consolidarlo. La noción de unidad más allá de la partición es relevante en este contexto.

Esa era la idea principal de mi discurso en el *Diálogo Nacional sobre la Paz* en Jartum en septiembre de 1989. He dividido la transcripción en secciones y añadido subtítulos para facilitar su lectura y darle coherencia en un marco de búsqueda de la paz y la unidad para el país.

Agradecimiento a la calurosa bienvenida

Quisiera empezar expresando mi agradecimiento por haber sido invitado, en lo que era una mera visita de pasada, a participar en las discusiones de la conferencia y a dirigirme a la concurrencia en esta fase de las deliberaciones. Tengo que regresar a EEUU para atender mis obligaciones, por lo que no podré participar en los trabajos de la conferencia. También debo mencionar lo que he tenido oportunidad de decir a la prensa: que mi visita tiene una doble motivación. La primera está relacionada con mi trabajo en la *Brookings Institution*, como persona encargada de la puesta en marcha de un programa de estudios africanos que no existía hasta el momento. La segunda deriva del hecho de que como sudanés estoy interesado en los asuntos de mi país y he convertido el estudio de los problemas de Sudán una de mis prioridades profesionales. Por lo tanto, en vista de los cambios que han tenido lugar recientemente en nuestro país, tenía intención de venir

para conocer la situación, hablar con los líderes de la Revolución para la Salvación Nacional así como con los ciudadanos de a pie, e ilustrarme y estar más preparado para continuar con mis tareas de investigación sobre varios aspectos de la construcción nacional en Sudán y con mis propias iniciativas en la constante búsqueda de la paz.

En esta visita he recibido mucho más de lo que esperaba: he tenido una calurosa acogida y he aprendido mucho. Los líderes de la revolución han abierto sus puertas y su corazón para ponerme al tanto de sus ideas y de las iniciativas que se están poniendo en marcha. Puedo decir que me he convertido en una persona más sabia en el tiempo que he pasado aquí. Estoy particularmente agradecido por tener la oportunidad de formar parte de este momento histórico.

La búsqueda de la paz es un reto para todos los sudaneses, allí donde quiera que estén: en el Gobierno, fuera del Gobierno, o incluso fuera del país. Conociendo a los sudaneses como los conocemos, creo que tenemos que presuponer, a menos que se demuestre lo contrario, que todos los sudaneses están comprometidos con los intereses de su país y contribuyen como pueden en la consecución de objetivos nacionales y, en particular, de la paz y la unidad.

Mi visión personal sobre la unidad

Hablando de paz y de unidad, permítanme que comente lo que para mí significan. La unidad de Sudán no es una simple reflexión personal o una decisión basada en lo que he aprendido a lo largo de mi formación y de mi interacción con otros sudaneses: es una convicción profundamente arraigada, un acto de fe que se remonta a mis orígenes. Sin personalizar demasiado estas cuestiones nacionales, no me avergüenzo en decir que mi idea de unidad forma parte del legado de mi familia. Provengo de la región de Abyei, fronteriza ente el norte y el sur, de una familia que ha liderado durante generaciones la causa de la interacción pacífica y constructiva entre diferentes pueblos de Sudán, el norte y el sur, árabes y dinkas, alentando el sentimiento de unión y de cooperación para la promoción de los intereses mutuos en ese delicado cruce de caminos. En cierta medida, sus acciones, pequeñas pero muy significantes, contribuyeron a la visión más amplia de la unidad nacional.

Seguramente algunos de ustedes, si no muchos, habrán oído los nombres de Nazir Deng Majok, mi difunto padre, quien junto con su amigo y vecino, el difunto Nazir Babo Nimir, árabe miseriya, mantuvieron la paz y la estabilidad en una zona muy conflictiva e inestable. Es un área de fricción e interacción entre las tribus ganaderas, donde con frecuencia existe el peligro de enfrentamientos violentos. Aunque tendamos a no ver realmente cómo estas personas contribuyeron a la construcción y la estabilidad de

nuestra nación desde sus raíces, yo creo que han dotado al país de unos cimientos a los que deberíamos prestar más atención.

Quizás por mi pasado o por mis intereses académicos —que comenzaron con el estudio del derecho y se centraron más tarde en aspectos más históricos, antropológicos y sociológicos— he creído adecuado aprender de esas experiencias que han terminado por reforzar mi visión de una nación. Ciertamente puedo decir que parte de mi preocupación académica —alimentada por mi carrera profesional en Sudán y en el extranjero— ha tenido que ver con esos estudios. Quizás algunos de ustedes conozcan los libros *Las Memorias de Babo Nimir* y *Un hombre llamado Deng Majok* que reflejan en esencia la idea de liderazgo desde la base popular. Así pues, cuando hablo de unidad nacional, lo hago desde un sentimiento muy profundo y personal que se remonta a mis raíces y a muchas generaciones atrás en mi familia.

La visión del SPLM/A sobre la unidad

Una vez hechos estos comentarios personales, permítanme ahora trasladarme a la cuestión, que estoy seguro tienen presente, de cómo ven nuestros hermanos y hermanas del otro lado la idea de la unidad. Con hermanos me refiero al SPLM/A. A menudo oímos la pregunta “¿Qué quiere John Garang?”, que a veces se amplía a “¿Qué quiere el SPLM/A?”. Sus opiniones se han expresado de diferentes maneras, en documentos e incluso en libros y, desde luego, no soy yo quién para hablar en su nombre. Pero el mero hecho de que la pregunta surja, significa que a pesar del esfuerzo realizado para dar a conocer sus puntos de vista, su mensaje ha pasado inadvertido. Como algunos de ustedes saben, he participado en el proceso de paz y he intentado facilitar la comunicación entre las diferentes partes, siendo algo más que un simple mensajero, con la esperanza de encontrar puntos en común y acortar las diferencias. Desde esta posición creo que puedo aventurarme a hacer algunas observaciones sobre las razones por las que creo que nuestros hermanos tomaron las armas y están luchando.

En cuanto a nuestro hermano y líder del movimiento John Garang, con quien he mantenido extensas conversaciones, creo sinceramente que, al menos hasta ahora, no hay duda de su compromiso con la unidad nacional y estoy totalmente convencido de ello. A muchos sorprenderá que no haya intenciones ocultas. Muchos creen que el discurso acerca de la unidad nacional es un marco táctico o incluso estratégico al amparo del cual, en realidad, lo que se persiguen son objetivos regionales. Permítanme ir más allá de la persona de John Garang y contarles lo que creo que es un compromiso más amplio con la unidad. Volviendo de nuevo a mis temas académicos, debo decir que últimamente he escuchado con atención las canciones de guerra del SPLM/A. Sé que muchos de mis colegas, abogados, politólogos y otros piensan probablemente que estas fuentes

tradicionales de información no sirven para entender las cuestiones fundamentales de la guerra y la paz. Pero si se conoce algo sobre la función de las canciones en una sociedad tradicional y se sabe en qué medida el SPLA se basa en valores culturales y prácticas tradicionales, se sabrá también que las canciones son un medio muy importante de expresión individual y colectiva del pensamiento. Puede que las canciones de guerra las compongan poetas y se consideren por ello individuales, pero como versan sobre experiencias compartidas son, en realidad, expresiones colectivas. Incluso el proceso de composición de canciones de guerra es generalmente el resultado de consultas entre los miembros de un grupo determinado, sea de personas de una misma edad, de un regimiento o de un batallón. Al ser canciones cuyo objetivo es levantar la moral en un contexto de guerra, se convierten tarde o temprano en expresiones del pensamiento colectivo. Y es a través de estas canciones de guerra del SPLA que he observado un cambio tremendo en la actitud de los hombres y mujeres que luchan, sureños la mayoría de ellos.

En el pasado los sureños luchaban mayormente para alcanzar sus aspiraciones regionales. Sus expectativas se podían satisfacer con acuerdos que les concedieran un control efectivo a nivel regional. Eso fue lo que se logró con el Acuerdo de Addis Abeba. En estas canciones, tanto en la letra como en el espíritu, percibo un giro estratégico hacia la visión nacional. Esta visión ya no habla de la tierra del sur definida por sus antiguas fronteras, sino que habla del país como un todo, e identifican a los sudaneses, no con las limitadas etiquetas del pasado, sino con nuevos criterios donde tienen cabida todos como hermanos y hermanas. En las letras y el espíritu de las canciones hay un sentimiento de apoderamiento, de confianza y de destino. Están convencidos que alcanzaran sus aspiraciones nacionales.

Otra característica que creo destacable en estas canciones es la alternancia entre las lenguas tribales y el árabe. A veces las canciones empiezan con una frase en árabe y cambian rápidamente a la lengua local y de nuevo, por sorpresa, al árabe. Algunas son completamente en árabe. En otras los idiomas se alternan en una misma frase o incorporan palabras sueltas en la lengua local o en árabe. Lo que quiero subrayar es la dinámica en la percepción de los sudaneses de esas palabras como rasgo de una cultura compartida, hablemos de temas étnicos, culturales o lingüísticos. La realidad de Sudán se expresa por esta vía de forma modesta pero muy simbólica. Creo que los sureños han cambiado su visión, se han liberado de los sesgos locales relacionados con el lenguaje y miran de una forma dinámica hacia una idea de unidad nacional en la que tenga cabida la diversidad, incluso aunque el lenguaje que se haya incluido no sea el más representativo en sentido convencional.

¿Qué se puede concluir de estos aspectos en los posicionamientos del SPLA, sean expresados mediante escritos, discursos o canciones? Creo que muestran que ha habido un cambio drástico que hay que tener mucho más en cuenta a la hora de definir un problema como del sur, regional o nacional. Estoy convencido que las diferencias de opinión sobre si un problema es del sur o de ámbito nacional no son semánticas, sino que se corresponden con distintas visiones estratégicas. La percepción del problema influirá profundamente en el enfoque, el análisis, las conclusiones y, por tanto, las soluciones. Sostengo que ese giro estratégico de pasar de ver el problema como regional a percibirlo como nacional tiene profundas implicaciones. Es muy importante de cara a las políticas que adoptamos y las soluciones que proponemos. También es probable que, cualquiera que sea nuestra perspectiva y nuestro análisis, acabemos por tener una visión global del problema porque, aunque sea considerado regional, su impacto tiene dimensiones nacionales. Aún así creo que el percibirlo como regional o nacional tiene especiales implicaciones.

El desafío del SPLM/A al país

Lo que acabo de decir nos muestra el aspecto positivo y negativo del reto al que nos enfrentamos. En el positivo, creo que es importante darse cuenta que hemos avanzado mucho en la teoría y en la práctica hacia la unidad nacional. Pienso que es relevante que el separatismo no forme parte de las reivindicaciones del sur, lo que significa que hemos unificado al menos nuestra postura a favor de la unidad nacional. Esto es sin duda algo positivo. El aspecto negativo es que la visión que nos llega del SPLM/A amenaza el *establishment*, ya que nos obliga a reexaminar profundamente la idea que tenemos de nuestro país y de su futuro. Cuando hablo de la visión del SPLM/A, quiero insistir en que, no deberíamos ver a los líderes aislados del pueblo. Por lo que sabemos de la naturaleza del conflicto y de quién está luchando en la guerra en el sur a través de escritos o de canciones, los dirigentes están al frente de un movimiento que cuenta con un gran apoyo popular. Ha atraído a muchísimos jóvenes de institutos y universidades quienes, tras una larga historia de profundos agravios, han desesperado y recurrido a las armas., porque no veían ninguna alternativa pacífica prometedora. Estas gentes viven en condiciones nada fáciles, por utilizar un término suave. Aquellos con los que he entablado contacto en mis viajes a Addis Abeba se sentían realizados en el combate y veían un nuevo sentido de dignidad en la lucha por algo en lo que creían, sacrificando mucho por sus convicciones. Es importante señalar que la energía de cientos de miles de jóvenes, una fuente potencial de reconstrucción, se está usando en la destrucción porque es la única manera que han encontrado para expresar su dignidad.

¿Qué significa esto? Significa que el orden actual está claramente amenazado. Cuando un pueblo toma las armas y dice que hablar no ha conducido a nada, significa que está

desesperado y que no cree que haya soluciones pacíficas a sus problemas. Las gentes del sur han tomado las armas y están decididamente comprometidas con el objetivo de someter a revisión el carácter de la nación. Piensan que solo mediante el cambio del sistema a nivel nacional podrán garantizar la consecución de sus aspiraciones de forma significativa a nivel regional. Son una amenaza, un verdadero reto. Por eso hay sudaneses del norte, hombres de buena voluntad, incluso gente que es por lo demás liberal y abierta de mente, que de repente plantean la siguiente pregunta retórica: ¿A quién viene a liberar John Garang?, o ¿a quién espera gobernar? Hay algo profundamente divisivo en ese “¿A quién viene ‘fulano de tal’ a gobernar?”.

Si ponemos estos dos aspectos juntos —lo positivo en el compromiso con la unidad nacional y lo negativo en la amenaza al orden establecido— lo que vemos es un desafío que llama a nuestros líderes a que reconozcan el problema y la necesidad de buscar nuevas soluciones, lo que los líderes de la Revolución para la Salvación Nacional han denominado una solución radical. Dada la visión común expresada en las proclamas del SPLM/A y en las declaraciones que hemos oído de los líderes de la Revolución para la Salvación Nacional, creo que estos dos aspectos, positivo y negativo, pueden ser compatibles. Podríamos estar por encima de la confrontación que nace de la reacción a una amenaza y buscar una visión y una posición común para impulsar un modelo de Sudán con el que todos nos podamos identificar.

Cuestiones para el Diálogo Nacional

Permítanme ahora que aborde algunas de las cuestiones que están siendo rebatidas. A lo largo de nuestro camino en pos de la paz hemos coincidido en identificar algunas de las cuestiones que nos dividen. Las mencionaré brevemente sin entrar en detalle: el reparto de poder, el reparto de los recursos y la riqueza nacional, el modelo el gobierno y de Estado, la relación religión-Estado, los problemas de identidad nacional y temas del ámbito de la política exterior. Quizás el elemento más importante, centro de la discusión hasta ahora, es la religión. Relacionado con este punto está la cuestión de la identidad que abarca no solo la etnicidad, sino también la cultura y la identificación nacional. Creo que es justo decir que el énfasis que se le ha dado a la religión ha tendido a simplificar una situación muy compleja. La religión, por su naturaleza, es un asunto muy delicado que se encuentra en el centro mismo de la cuestión de la identidad.

Cuando hablamos de la relación entre la religión y el Estado, nos referimos a la religión como símbolo de un concepto más amplio que puede determinar elementos de la identidad del individuo y de la nación. Aquí entra quién ocupa qué puesto en el país o en la sociedad y cómo se ve afectado el reparto de poder, e incluso el de los recursos naturales, en función de la identificación religiosa. Para evitar simplificar en exceso el

problema de considerar la religión como el factor fundamental de esta compleja situación, debemos tener presente que la religión se ha convertido en el símbolo de algo mucho más grande y que hay otras complicadas cuestiones interrelacionadas. Mientras consideremos la religión como la base para definir nuestra identidad y la de nuestra nación, y para determinar quién ocupa qué puesto en la jerarquía del poder y en el reparto de los recursos, nunca lograremos la igualdad plena entre las diferentes religiones ni entre los individuos o grupos que las profesan. Este sistema relega a una segunda o tercera categoría a ciertos grupos sociales por su afiliación religiosa y no habrá paz viable hasta que no se consiga la igualdad plena entre todos los ciudadanos.

Por otro lado, en la medida en que una religión propugna que no hay separación entre religión y Estado, pedir a sus fieles que adopten una percepción diferente de esa relación es cuestionar en lo fundamental sus creencias religiosas y sus derechos. Semejante demanda estaría avocada a provocar una reacción que amenazaría la convivencia y adaptación mutua. Aquí se nos presenta un dilema. Por una parte, es necesario afirmar la igualdad de los ciudadanos en la identificación plena con la nación y asegurar la participación igualitaria en el poder y en el reparto de los recursos, sin discriminación por motivos de religión. Por otra parte, existe la necesidad contrapuesta de garantizar la libertad de que cada individuo realice sus ideales religiosos como crea apropiado, y si la relación entre religión y Estado es parte de esos ideales, tiene derecho a que no se le requiera que se desvíe de los principios de su fe.

Realmente es una posición muy difícil. Creo que en este punto hay que hacer una reevaluación de las prioridades, lo que nos obliga a preguntarnos: ¿Cuál es nuestro orden de prioridades? ¿Es lo que mi religión propugna, en la forma o en el fondo, lo que debe guiarme de forma prioritaria? ¿O son la adaptación mutua y la construcción de una nación basada en la igualdad plena las prioridades absolutas? Hay quien cree en lo primero y he tenido la oportunidad de hablar con alguien que defiende esa postura. Fue una larga discusión en la que mi interlocutor, con absoluto respeto hacia mis opiniones, terminó subrayando que entendía totalmente el punto de vista de los no musulmanes, pero que como musulmán su fe le decía que no podía haber separación entre religión y Estado. No tenía duda de que su religión ocupaba el primer lugar en el orden de prioridades.

Con la debida deferencia a los argumentos en contra, su religión era prioritaria y dejó bien claro que estaba por encima de su nación. Puede que sea el punto de vista de una sola persona. Otros pueden pensar que aunque su religión sea más importante que su nación, pueden compatibilizar los principios de ambas y evitar así el conflicto. Pero también existen los que piensan que esas dos posiciones son irreconciliables, en cuyo caso, desafortunadamente, se desencadenará una lucha de poderes y la tragedia continuará hasta que se resuelva de algún modo.

Sin embargo pienso que la inmensa mayoría de los sudaneses creen que la unidad de nuestra nación es prioritaria. Como principio, la unidad es deseable; es una fuente de enriquecimiento mutuo, de fuerza y de seguridad. La no unidad supone amenazas graves. Aparte del hecho de que la partición de países no es algo deseable en el mundo en que vivimos, también hay razones prácticas por las que el seguir por caminos separados constituye una amenaza para la seguridad de ambos. Por tanto, si la prioridad es la unidad de nuestra nación y además existe la necesidad de respetar nuestros respectivos valores y religiones, ¿podemos encontrar una base para reconciliar estos principios? Sostengo que habría que mirar a nuestras experiencias del pasado para ver si éramos menos religiosos cuando aceptábamos otras alternativas, o si aquellas experiencias pueden ayudarnos a construir nuestro futuro. También podemos mirar a las experiencias de otros y ver si los métodos y estrategias que adoptaron pueden ayudarnos a reconciliar nuestras diferencias. Creo que donde haya una voluntad compartida de construir una nación unida, habrá una manera de reconciliar las diferencias.

Vuelvo ahora a la cuestión de la identidad, que como he mencionado antes está estrechamente relacionada con la religión y la cultura. A lo largo de mi trayectoria académica he aprendido que por razones históricas hemos tendido a construir nuestras identidades y percepciones de quiénes somos como personas y como nación basándonos en mitos. Estos mitos han evolucionado a lo largo del tiempo y nos han sometido a una jerarquía de estatus basada en la etnia, la raza, la cultura, la lengua y la religión. Se nos ha hecho creer que ser “esto” es inferior, ser “eso” es superior y ser “aquello” es incluso mejor. También al permitírsenos relativamente pasar de ser “esto” a ser “eso” o “aquello” mediante un proceso flexible, hemos tendido a definir los aspectos que conforman quiénes somos de manera que nos resulten psicológicamente gratificante, aunque no se basen tanto en las realidades de lo que somos como en lo qué hemos sido moldeados a creer que somos. Uno de estos aspectos es la manera en que nosotros nos identificamos como árabes, africanos o negros. En todos ellos hay un elemento de verdad, porque en caso contrario no hubieran pervivido, pero también hay un cierto elemento de distorsión y exageración en esas etiquetas que nos dividen. En cierta manera, los mitos se convierten en realidades, a la vez que son el resultado mismo de modelar la realidad, en un proceso que se desarrolla según las prioridades de cada uno. Si pertenezco a un sistema que me permite identificarme libremente con aquello que me aporte sensación de dignidad y un mejor posicionamiento social, por supuesto que me identificaré con lo que mejore mi estatus. Eso está bien en la medida en que no perjudique a otros. Con esto quiero decir que si estuviéramos en un país donde todos pudiéramos identificarnos como árabes o musulmanes y no hubiera problemas de diversidad que amenazaran con separarnos, no tendría objeción. El problema llega cuando con lo que identificamos a

nuestra nación y a nosotros mismos se convierte en un elemento divisivo que amenaza la unidad del país que queremos construir.

Siempre he creído que las etiquetas que nos dividen son el resultado de los mitos que estratifican nuestras razas, culturas, lenguas y religiones. Si elimináramos esos mitos, descubriríamos las realidades que aún permanecen y que unen a todos los sudaneses. Cuando estamos en el extranjero todos nos enorgullecemos de ser sudaneses y rápidamente descubrimos los elementos que nos hacen definirnos como tales. Es cuando volvemos a nuestro pequeño contexto cuando nos cegamos con esos mitos que nos otorgan el estatus, pero que tienden a dividirnos.

Que no se me malinterprete: no estoy diciendo que eliminar los mitos que dividen a los sudaneses sea destruir, desdeñar o ignorar esos elementos de identidad que han sido parte de nuestra mezcla de identidades. Como vengo diciendo, el mito en sí mismo ha adaptado o incorporado realidades para ser parte de nuestra realidad. Pero si solucionamos nuestros problemas y nos sentimos cómodos con lo que somos todos juntos como sudaneses, podremos movernos con total confianza y ser efectivos en esos círculos externos —el mundo árabe y el africano en sentido amplio— con los que nos identificamos. Como embajador de Sudán y ministro de Asuntos Exteriores en un tiempo en que estábamos unidos y podíamos hablar con una sola voz, me sentía orgulloso de representar a Sudán en círculos árabes y fui elegido por ministros y embajadores árabes como portavoz en numerosas ocasiones. No encontré contradicción alguna en mi papel. Pero si no hubiera sentido dentro de mí un sentimiento de unión, como sudanés que sabe quién es y está orgulloso de serlo, no me habría sentido suficientemente cómodo para representar a mi país con orgullo y dignidad y, por tanto, de forma eficiente. No habría logrado ser persuasivo y convincente.

El alcance del diálogo nacional

Permítanme ahora retomar los temas relacionados con los trabajos de esta conferencia y hacer algunas observaciones procedimentales acerca del proceso y del alcance del diálogo nacional. Creo que no hay duda de la nobleza de este diálogo y de sus objetivos. Ha sido aceptado por la mayoría de las personas con las que he hablado, personas comprometidas con los intereses de su país. Ciertamente promete avanzar el proceso de paz dependiendo de cómo lo concibamos, implementemos sus objetivos y abordemos los importantes temas que engloba. Donde ha habido grandes divisiones del tipo de las que estamos viviendo, siempre hay sitio para los malentendidos y la tergiversación. Creo que es algo de lo que debemos protegernos con mucho cuidado para no dar a nadie la oportunidad de convertir un paso positivo en negativo. Debemos reconocer que la invitación al SPLM/A a participar en esta conferencia, bien motivada como es, no puede

ser atendida por razones prácticas. Creo que combinando un enfoque positivo con un cierto grado de realismo podremos hacer mucho más. Deberíamos concebir los trabajos de esta conferencia no como un diálogo entre las partes en guerra, sino como una discusión en un mismo frente, en un marco interno. La mejor manera es que las facciones internas usen el diálogo para unificar su visión, establecer los intereses comunes acerca de los complejos aspectos del conflicto y los retos a los que se enfrenta la nación y decidir cómo se van a abordar. Con los resultados de estos trabajos y el grado de consenso que se alcance, el Gobierno puede acercarse al SPLM/A y presentarle esos puntos de vista a modo de dictamen, una guía o referente que ayude al Gobierno a negociar una solución. De esa manera reduciríamos la ecuación a dos posicionamientos, un dualismo más manejable que puede contribuir a mejorar el proceso de paz.

No es realista imaginar que el SPML/A hubiera participado en este diálogo, porque se habría convertido obviamente en parte del proceso interno. Sin embargo, este diálogo interno puede ser un paso muy constructivo que ayude a guiar y facilitar el camino para las conversaciones futuras con el SPLM/A.

Esto significa que los resultados de este diálogo no pueden ser considerados como la voluntad nacional o la solución al problema por muy acertados que sean. Las facciones que se sientan en esta sala no están en guerra; son las que están ausentes. Este diálogo solo puede ayudar a acortar distancias entre las facciones presentes en esta sala.

Ya que estamos hablando con franqueza, también diré que aunque la Revolución para la Salvación Nacional ha rechazado iniciativas anteriores por estar asociadas a partidos políticos cuyos objetivos eran partidistas, hay un aspecto constructivo en edificar sobre el pasado. Hemos adquirido una experiencia considerable en la búsqueda de la paz y a algunos de nuestros pueblos, e incluso a individuos, se les asocia con el proceso de paz. Cabría esperar que esa experiencia y sabiduría adquiridas puedan ser utilizadas en este diálogo. Puesto que el calendario del comité es suficientemente largo y deja tiempo para absorber contribuciones diversas, sería de esperar que alguien hiciera uso de ellas y de las lecciones aprendidas para construir sobre esa base.

En esta línea hay que decir que únicamente con soluciones que sean aceptables para la totalidad de los sudaneses podremos confiar en lograr una paz y estabilidad duraderas. Por lo tanto, en los trabajos de esta conferencia, quizás en una fase previa y por supuesto en la fase de las negociaciones con el SPLM/A, debemos de tener presentes a todos los sudaneses. Si las soluciones presentadas no son aceptadas por todos, podríamos generar una oposición que amenazaría cualquier logro que se hubiera conseguido hasta ese momento. Así pues, cualquiera que sea el calendario para el diálogo, debemos tener

presente que en última instancia tenemos que involucrar a todos los sudaneses para estar realmente unidos como una nación.

Comentarios finales

Permítanme terminar con unos comentarios finales. La pregunta se ha planteado muchas veces y sin ir más lejos a mí me la preguntaron el otro día: ¿Qué es lo que realmente quieren nuestros hermanos del sur? No puedo hablar por ellos, pero puedo decir que lo que quiere cualquier ciudadano es que se le dé la oportunidad de ser igual, de sentirse identificado plenamente con su nación y orgulloso de ser un ciudadano, tener un sentido de pertenencia y participar en igualdad de condiciones en los asuntos de su país. Si realmente aceptamos que este es el objetivo de todo sudanés, creo que nos sentiremos libres para buscar soluciones constructivas que mejoren dicho objetivo.

En mis conversaciones con el difunto Nazir Babo Nimir, de los árabes miseriya, le pregunté cuál era el principio fundamental de su liderato como jefe tribal. Su respuesta fue, en esencia, lo que me habían enseñado en casa sobre los valores de liderazgo. En una situación de conflicto, un líder se tiene que identificar con la persona más alejada de él. Solo poniéndose en su posición, podrá acortar las distancias entre ese individuo y su propio grupo. En última instancia, no es solo una forma magnánima y desinteresada de administrar justicia, sino también una manera de servir a los intereses de los más cercanos y por lo tanto de él mismo. Éste es el reto al que se enfrentan los dirigentes de Sudán. Por mucho tiempo nuestros dirigentes han representado a facciones más que a la totalidad. Los dirigentes deben estar por encima de los partidos y ser percibidos por todos los sudaneses como la personificación de los ideales del liderazgo con los que todos nos podamos identificar; los ciudadanos debemos sentir que esas personas nos representan a todos y estar orgullosos de ello. Solo así podrán los dirigentes unirnos y lograr que los sudaneses tengamos un propósito común y un verdadero sentimiento de hermandad.

Concluyo diciendo una vez más lo mucho que agradezco la bienvenida que he recibido, en mi visita a título personal, como académico e investigador deseoso de venir y ser testigo de lo que está pasando. Como dije al principio, he recogido mucho más de lo que esperaba. Uno de los puntos más destacados de mi estancia es el honor que me han concedido hoy al permitirme hablar ante esta respetable concurrencia en un momento crucial de la construcción de nuestra nación. Todo lo que puedo decir es gracias por la oportunidad. Les deseo todo el éxito y la fortuna.

3. SIMPOSIO SOBRE LA AUTODETERMINACIÓN Y LA UNIDAD

Durante la segunda mitad de 2009, intelectuales, académicos y activistas políticos comenzaron a participar activamente en debates sobre el probable resultado del referéndum de autodeterminación del sur de Sudán en 2011. El tiempo se acababa y, aunque la mayoría de los observadores mantenían una posición neutral respecto a la cuestión de la unidad o de la secesión de sur, iba quedando claro que la idea de unidad — que tenía que haber sido promovida durante el periodo de transición para hacerla atractiva al electorado del sur— no estaba teniendo éxito y que el sur votaría casi con toda seguridad a favor de la independencia. Ante la perspectiva de la partición de Sudán empezaron a sonar las alarmas y la unidad del país se convirtió de repente en un asunto que requería atención a nivel nacional, regional e internacional. A medida que la gente intentaba buscar vías para salvar la unidad de Sudán en esta fase tardía, la neutralidad con respecto al resultado del referéndum se rebatía cada vez más.

UNMIS, el organismo de la ONU más directamente implicado en la aplicación del AGP y el mantenimiento de la paz entre el norte y el sur, se encontró en medio del debate sobre la unidad, la autodeterminación y la posible partición del país. En este contexto el departamento de información de UNMIS, en colaboración con *Future Trends Foundation*, un centro de estudios sudanés, organizó en Jartum el *Simposio sobre la Unidad y la Autodeterminación* los días 2 y 3 de noviembre de 2009.

Me invitaron a pronunciar el discurso de apertura, pero sabiendo que el objetivo subyacente era propugnar la causa de la unidad y siendo consciente de que era probablemente demasiado tarde para hacer atractiva esa opción a los votantes del sur a tan sólo dos años de la celebración del referéndum, me resistí al principio a participar en el simposio, pero finalmente cedí ante la perseverancia de los organizadores. Lo que sigue es el texto de mi alocución, dividido con subtítulos en partes para facilitar la fluidez y la coherencia de la lectura.

La premisa del discurso inaugural

Es un gran placer y un honor haber sido invitado a participar en esta importante reunión en un momento crítico de la historia de nuestro atribulado país. Lo hago con humildad y huelga decir que a título personal y no como asesor especial del secretario general de la ONU para la Prevención del Genocidio.

Para ser franco, es un honor que en un principio fui reticente a aceptar por dos razones. En primer lugar, pensé que era demasiado tarde para hacer de la unidad una opción atractiva al electorado del sur de cara al referéndum de autodeterminación ahora que nos

acercamos al final del periodo de transición. Durante este tiempo se debería haber promocionado la alternativa de la unidad y claramente no se ha hecho. En segundo lugar, los posicionamientos de las partes principales del AGP sobre cuál sería el modelo de unidad apropiado parecen estar demasiado alejados para poder aunar posiciones con tiempo suficiente e influir positivamente en el resultado del referéndum.

Tras reflexionar, acepté finalmente participar por las siguientes razones:

En primer lugar, el seminario está copatrocinado por UNMIS, organismo perteneciente a la organización para la que trabajo.

En segundo lugar, me recordé a mí mismo los principios que me han guiado durante años en mi esfuerzo por contribuir a la causa de paz y la unidad en nuestro país. Entre estos principios se encuentran:

- El optimismo es una herramienta vital para la participación constructiva, mientras que el pesimismo solo conduce a callejones sin salida.
- Se apela a que todo el mundo promueva el objetivo primordial de la paz y la unidad y, aunque solo algunos acaparan la atención como paladines del proceso de paz, es el efecto acumulativo de todas las contribuciones anónimas lo que logra el resultado deseado.
- A la luz de los principios mencionados, mientras haya tiempo, se debe intensificar el esfuerzo de acuerdo con el antiguo proverbio “Más vale tarde que nunca”. He dedicado la mayor parte de mi vida a promover la causa de la paz y la unidad de nuestro país y rendirme por considerar que es demasiado tarde sería incongruente con mis principios.

El punto de vista del participante-observador

Para contextualizar mis opiniones, puede que sea útil destacar algunos de mis posicionamientos personales en mi papel como participante-observador en la dolorosa historia del Sudán postcolonial, donde he pasado gran parte de mi vida.

Desde que tengo conciencia política, como avalarían todos aquellos que hayan leído o escuchado mis opiniones sobre el tema, he sido un ferviente defensor de la unidad sobre la base de la igualdad plena y el sentimiento compartido de pertenencia a una nación, con orgullo y dignidad para todos sus ciudadanos. También he defendido el derecho a la autodeterminación del sur, no porque quiera que se independice, sino para motivar a los dirigentes del país, especialmente los del norte, a que intensifiquen sus esfuerzos para crear las condiciones adecuadas y que la opción de unidad resulte atractiva a los sureños en el referéndum de autodeterminación.

Mi posicionamiento a favor de la unidad condicionada tiene sus raíces profundas en mis orígenes en la región de Abyei, conflictiva zona fronteriza entre el norte y el sur, cuyo papel cohesionador reconoce y corrobora el Protocolo de Abyei del AGP. Es paradójico que un área que ha desempeñado un papel vital en la cohesión y la reconciliación entre el norte y el sur se haya convertido en un lugar de enfrentamiento, esperemos que ya resuelto, con el pronunciamiento sobre las fronteras del tribunal de arbitraje de La Haya.

Debido a mis orígenes, me he sentido honrado de participar a lo largo de los años en muchos foros para promover la paz y la unidad, con una amplia variedad de centros de estudios, instituciones dedicadas a la investigación y universidades dentro y fuera del país. Algunas de mis iniciativas se han llevado a cabo en colaboración con dirigentes mundiales, entre ellos los ex presidentes Olusegun Obasanjo de Nigeria y Jimmy Carter de EEUU; y otras conjuntamente con instituciones como el Departamento de Estado estadounidense, el Instituto de la Paz de Estados Unidos y el Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos (CSIS, en sus siglas en inglés). También fui miembro de un centro de asesoramiento informal creado por el Grupo Inter-África para apoyar la iniciativa de paz para Sudán de la Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo, que más tarde culminó con el AGP.

El CSIS se centró en el desarrollo de una estrategia para las relaciones entre EEUU y Sudán que sirviera de referente en la mediación que más tarde llevó a cabo la administración de Bush, en colaboración con otros, para poner fin al conflicto norte-sur con el AGP.

Al principio convencí al centro para que incluyera a varios sudaneses en el grupo de trabajo, pero tras varias reuniones previas, se decidió excluirlos para no perturbar la labor del grupo de trabajo con la confrontación interna norte-sur. Siendo copresidente y único sudanés en el grupo, era consciente de mi papel anómalo, como sudanés que participa en la conformación de las relaciones entre EEUU y Sudán; a la par que estratégico, aportando perspectivas que quedaron plasmadas en lo que creo que fue un informe equilibrado.

Un elemento crucial del informe fue la necesidad de conciliar dos visiones del país contrapuestas, la del norte y la del sur, mediante la fórmula “un país, dos sistemas” que fue posteriormente incorporada al AGP como piedra angular del acuerdo.

Cuestiones críticas a abordar

Las personas no van a la guerra a matar y a arriesgarse a ser matados sin una razón de peso; la lucha es una medida desesperada, basada en la asunción de que han fracasado todos los mecanismos pacíficos para remediar una situación intolerable. Y aunque raramente las partes en conflicto tienen el mismo grado de razón, es importante entender las preocupaciones de ambas y abordarlas con ecuanimidad.

Así pues, las preguntas claves que hay que plantear y responder son las siguientes: ¿Cuáles fueron, y son, los motivos de las guerras en Sudán? ¿Hasta qué punto el AGP ha tratado y resuelto las causas fundamentales de estas guerras? ¿Cuáles son los retos pendientes para alcanzar una paz y una unidad sostenibles y genuinamente globales?

Marginación es la palabra que se usa con frecuencia últimamente al hablar de las causas fundamentales de los conflictos regionales que proliferan en Sudán; y tanto se aplica a las reivindicaciones de todas las regiones del país, que ha perdido su sentido original en relación al sur. Esto significa que el centro árabe ha monopolizado el poder y la riqueza nacional y ha excluido a las áreas periféricas, tanto en el sur como en el norte, que han quedado así marginadas.

Existe, sin embargo, una lógica más profunda en la estratificación de Sudán: el grado en el que se han usado los factores de identidad de un grupo —el del norte árabe-islámico— para crear el marco de identidad nacional, que inevitablemente estratifica los grupos atendiendo a esos criterios y discrimina a los sudaneses no árabes y no musulmanes del sur, y a los grupos musulmanes no árabes de las marginadas regiones del norte.

Puesto en su contexto histórico, el proceso de asimilación árabe-islámico en el norte ofreció la posibilidad de autopromoción a un estatus respetable para salir de las denigradas categorías sociales de los negros no musulmanes. Entre tanto el sur se identificó con una resistencia a la asimilación originada por las humillaciones de un flagrante maltrato histórico.

Los factores diferenciadores subjetivos de autoidentificación eclipsaron las realidades objetivas que representaban los elementos comunes de identidad, raza, etnia y cultura. Este modelo diferenciador de identidad fue reconocido, reforzado y consolidado por las políticas coloniales, que sembraron las semillas de los conflictos postcoloniales mediante la introducción de elementos modernos de desigualdades extremas en las categorías existentes.

Al principio, este modelo de identidad enfrentó al norte contra sur, que era percibido como el más abandonado y resentido a causa de los recuerdos negativos de una dolorosa historia y una continua dominación interna. La reacción del sur se manifestó primeramente en una guerra secesionista que unió a todo el norte en contra del sur, y que se resolvió más tarde con un acuerdo de autonomía para el sur.

La abrogación unilateral de este acuerdo por parte del Gobierno central desencadenó la segunda guerra. Pero en esta ocasión el SPLM/A, que lideraba la causa, sustituyó los objetivos secesionistas por un llamamiento a un *Nuevo Sudán* unido, igualitario y sin discriminación por motivos de raza, etnia, religión, cultura o género. La idea de un *Nuevo*

Sudán amenazaba inevitablemente los intereses, basados en la identidad, del grupo dominante del norte, por lo que era lógico esperar que se resistiera a una transformación tan radical.

Este nuevo planteamiento empezó a calar en la imaginación de los marginados, mayormente en las regiones y los grupos no árabes del norte, empezando por los nubas y los ingasanas (funj), y extendiéndose más tarde a los bejas, a los darfuríes y a los nubios del lejano norte.

El llamado a un *Nuevo Sudán* comenzó a derribar los muros que históricamente habían dividido al país en norte y sur. Incluso los que en el norte se resisten a la transformación radical hacia un *Nuevo Sudán* han hecho importantes concesiones, aunque todavía quedan muchas diferencias por salvar.

Las soluciones del Acuerdo General de Paz

El AGP ha intentado solucionar el problema de la identidad nacional entre el norte y el sur con la concesión de la autonomía al sur durante el periodo de transición y el derecho a abandonar la unidad, mediante una consulta popular a celebrar al final de dicho periodo.

Aunque esta solución no resuelve el problema de la identidad nacional en su globalidad, sí que establece las bases de la transformación democrática del sistema de gobierno en todo el país.

Pese a que el AGP disponía que durante el periodo de transición había que poner en marcha iniciativas para convertir la unidad en una opción atractiva para el electorado del sur en el referéndum de autodeterminación, la fórmula “un país, dos sistemas”, cuyo objetivo era conciliar los dos modelos contrapuestos de país, ahondó paradójicamente las diferencias entre ellos, favoreció sin darse cuenta la secesión del sur y dejó sin resolver el problema de la marginación en el norte.

El AGP tenía por objetivo proporcionar el marco para la transformación democrática del sistema de gobierno del país y los principios para resolver los conflictos regionales en el norte. Por el contrario, el AGP se ha convertido paradójicamente en una herramienta de contención en manos del NCP, partido en el poder, que ahora controla tanto el Gobierno del norte y como el Gobierno de Unidad Nacional.

Teniendo en cuenta que los que defienden en el norte la idea de un *Nuevo Sudán* son miembros o aliados del SPLM, es de esperar que un sur independiente bajo el liderazgo del SPLM continúe apoyando su causa. También es probable que los disidentes del sur sigan mirando hacia el norte en busca de apoyo, especialmente si el norte y el sur se son

hostiles entre sí. Del mismo modo, no se puede descartar la posibilidad de la reunificación entre el norte y el sur en el caso de que el *Nuevo Sudán* emergiera en el norte.

Es obvio, por tanto, que la secesión del sur no terminaría necesariamente con los conflictos en Sudán, a menos que se resuelva el problema de identidad nacional en el norte y se establezca un sistema de gobierno igualitario en el sur. De la misma manera, las perspectivas de un país unido no terminan necesariamente con la independencia del sur.

Desafíos para el país

Por todas estas razones, es importante y urgente que se evalúe la situación y se reflexione acerca de lo que aún puede hacerse, pese al retraso, para resolver los problemas del país en su globalidad. Estas medidas son necesarias para implementar el AGP con credibilidad y auténtica buena voluntad, y para resolver la crisis en Darfur y los posibles conflictos en otras regiones del norte, tomando como base los principios recogidos en el AGP, especialmente los de los protocolos de los estados de Kordofán Meridional y Nilo Azul. Esto podría crear un ambiente sorprendentemente positivo en el país y aumentar las posibilidades de salvar a Sudán de la amenaza de la desintegración.

En estos momentos el país se enfrenta a retos apremiantes y debe responder a dos preguntas:

Primera: ¿Qué se puede hacer en esta tardía fase del proceso para que la unidad sea una opción atractiva a los votantes del sur en el referéndum de autodeterminación?

Segunda: En el caso de que el sur vote a favor de la independencia, ¿qué se puede hacer para anticiparnos a las peores situaciones posibles y para preparar medidas correctivas constructivas?

Hacer de la unidad una opción atractiva requiere que se tomen medidas tanto en el plano material como en el moral. En el material, sería necesario hacer perceptibles inmediatamente los dividendos de la paz: iniciar la construcción a gran escala de carreteras y otras infraestructuras; dar servicios sociales a los ciudadanos, especialmente en las áreas de salud y educación; poner en marcha iniciativas de desarrollo rural; enviar mensajes de buena voluntad, de un auténtico cambio de actitud y de la predisposición a tratar los agravios que han dividido al país desde la independencia.

Las medidas en el terreno moral empiezan por enviar un claro mensaje de que Sudán está emprendiendo la búsqueda genuina y sincera de puntos en común, apoyándose en lo que une en vez de en lo que divide. La autoidentificación subjetiva en pos de la autopromoción ha llevado a una distorsión de la realidad objetiva, en la que sin embargo existen muchos más elementos en común que ofrecen una base sólida para un

sentimiento cohesionador de identidad nacional. Proclamaciones en esta línea de los dirigentes nacionales podrían crear de inmediato un clima propicio para el sentimiento de causa común y un nuevo espacio para la posible unidad.

Sin embargo, la unidad no se debe considerar como un fin en sí misma o como la única alternativa en la búsqueda de la dignidad y la realización de las personas. El voto por la independencia del sur coloca al país frente a desafíos que hay que abordar de forma constructiva en interés mutuo del norte y del sur. Esto debería traducirse en una partición lo más armoniosa posible y en el establecimiento de las bases para la coexistencia pacífica, cooperación y la continuidad en la interacción. Se deberían tomar medidas prácticas para garantizar el uso compartido ininterrumpido de recursos naturales vitales, como el petróleo y el agua; promover el comercio transfronterizo; garantizar la libertad de movimiento, residencia y empleo al otro lado de las fronteras; y dejar la puerta abierta a la revisión periódica de la posibilidad de reunificación.

Comentarios finales

Sudán se enfrenta a un extraordinario dilema: los sudaneses y el mundo entero preferirían que Sudán permaneciera unido, pero las visiones opuestas acerca de la idea de país parecen estar demasiado alejadas como para poder aunar los posicionamientos.

Los sudaneses deben responder en este momento a la pregunta de qué es más importante para ellos, si construir sobre las autopercepciones de la identidad, que distorsionan las realidades objetivas del país y dividen la nación, o buscar elementos comunes y construir un modelo de identidad nacional aglutinante.

Si éste último resulta ser el caso, hay que tomar medidas de forma inmediata para abrir un nuevo capítulo y para que todos vean que el proceso es creíble.

Los elementos de este nuevo sistema deberían ser los siguientes:

Descentralización en todo el país, en la que todas las regiones de Sudán, las del norte y las sur, disfruten de un autogobierno similar al conferido al sur, a excepción del derecho a la independencia.

Representación igualitaria en el Gobierno de Unidad Nacional, respetando la representación proporcional según criterios demográficos, pero con la debida protección a las minorías.

Una declaración de principios por la igualdad plena de todos los ciudadanos, sin discriminación por razón de raza, etnia, cultura, religión o género.

La creación de mecanismos e instituciones que aseguren la aplicación inmediata de estas políticas, con el objetivo de mostrar resultados visibles antes del referéndum en el sur si fuera posible.

El compromiso de la comunidad internacional de supervisar su implementación y apoyar estas iniciativas de última hora, encaminadas a rescatar y promover el principio esencial de convertir la unidad es una opción atractiva para el electorado del sur de cara al referéndum de autodeterminación.

La colaboración con todas las partes implicadas no solo en la defensa de la causa de la unidad, sino también en la preparación para contrarrestar las consecuencias negativas de la secesión y en la promoción de la coexistencia pacífica y la cooperación entre el norte y un sur independiente.

Si el norte y el sur van a seguir enfrentándose a desafíos internos en el caso de que el sur se independice, si la posibilidad de la reunificación bajo las condiciones propicias no se puede descartar y si las aspiraciones de unidad son ampliamente compartidas como parece ser el caso; entonces, la búsqueda de la paz y la unidad genuinamente integrales será de una urgencia apremiante. En consecuencia, el referéndum y la posible independencia no deben considerarse como el fin del camino. Mientras el país busca una identidad inclusiva y una finalidad común arraigada en un destino compartido, la búsqueda continua de relaciones armoniosas y fructíferas entre los muchos elementos que componen Sudán continuará planteando nuevos retos a todos los sudaneses.

4.- ACTUALIZACIÓN SOBRE LA SITUACIÓN

Estas notas se basan en las averiguaciones y en las observaciones que realice durante mi reciente viaje a Sudán y Etiopía. Sudán se enfrenta a múltiples problemas que, si no se gestionan de una manera constructiva, podrían resultar en una catástrofe de dimensiones genocidas. Estos problemas se reflejan en las relaciones norte-sur, cada vez más tensas a medida que se aproxima el referéndum de autodeterminación de 2011, y también en los conflictos interétnicos, tanto en el norte como en el sur. Los temores a las posibles consecuencias de la independencia del sur aumentan en Sudán, en la región, en el continente africano y en todo el mundo. Teniendo en cuenta el gran número de sudaneses que residen en el norte, una partición hostil podría derivar en atrocidades genocidas que recordarían a la escisión de India y Pakistán.

Incluso en el caso de la independencia del sur, la búsqueda de un *Nuevo Sudán* donde no exista discriminación por motivos de raza, etnia, religión, cultura o género —como el propugnado por el SPLM/A— continuará probablemente siendo el objetivo de los grupos no árabes en el norte, entre otros los de Kordofán Meridional, los de Nilo Azul, los bejas, varios grupos de Darfur e, incluso, los nubios del lejano norte en la frontera con Egipto. También probablemente intentarán lograr el apoyo del sur independizado. Pero si el sur apoya a los movimientos de liberación del norte, casi con toda seguridad la reacción de Jartum será utilizar las tensiones étnicas en el sur para menoscabar al Gobierno del Sur de Sudán, crear caos y hacer la región ingobernable. Es por tanto en el interés de todas las partes implicadas encontrar puntos comunes para lograr una paz genuinamente integral dentro de un marco de unidad nacional, o de una partición lo más pacífica, armoniosa y en cooperación posible.

Pese a que el viaje a Sudán no era una misión en sentido estricto, mantuve intensas conversaciones en las tres zonas que visité, conocí importantes puntos de vista y saqué algunas conclusiones sobre la situación del país en ese momento que expongo a continuación:

Primera: Existía un temor generalizado al referéndum de autodeterminación en el sur, que según las predicciones, conducirá a su independencia. La opinión compartida por muchos sudaneses y africanos en general es que la secesión sería desastrosa para el sur, la región y toda África.

Segunda: Con frecuencia se acusa a Jartum de orquestar en gran medida esta temible predicción para ayudar al autocumplimiento de su propia profecía de un sur de Sudán incapaz de gobernarse a sí mismo, que se convertirá casi con toda

seguridad en un estado fallido y será una carga para la región y la comunidad internacional. Sin embargo, apenas se analizan las posibles causas de este desastre anunciado, ni las alternativas para evitarlo, con el objetivo de ayudar a que el sur prospere en aras de la paz, la seguridad y la estabilidad en la región.

Tercera: Un motivo de preocupación acerca del futuro de un sur independiente es que se presta mucha más atención a los aspectos y resultados negativos, sin que se haga esfuerzo por reconocer lo que se ha logrado hasta ahora a pesar de las grandes dificultades, que tienen su origen en el abandono histórico y la devastación causada por medio siglo de guerra.

Cuarta: Crece el temor ante la posible secesión del sur, pero, paradójicamente, no se presta la atención adecuada a que se produzcan los cambios necesarios a nivel central para que la opción de la unidad resulte atractiva, o al menos aceptable, al sur.

Quinta: Se ha tendido a considerar la crisis en Darfur aislada de la crisis en el sur y de los conflictos en otras regiones del norte. Con frecuencia la marginación de las regiones no árabes por el centro árabe-islámico se considera la causa fundamental de la proliferación de los conflictos regionales.

Las conclusiones anteriores se corresponden con las siguientes observaciones y recomendaciones:

Primera: Los desastrosos pronósticos acerca de la independencia del sur llevan a la fatídica conclusión de que sería mejor que no se celebrara, lo que significaría el incumplimiento del AGP. Las controversias sobre la elaboración del censo, la preparación de las elecciones generales de 2010, la reticencia a implementar el Protocolo de Abyei y la resolución arbitral y los preparativos para los referendos en el sur y en Abyei indican que el AGP no se está aplicando de manera verosímil y puede hasta que se incumpla abiertamente. Si esto sucediera, el sur casi con seguridad tomaría de nuevo las armas, tal vez conjuntamente con las demás regiones marginadas no árabes del norte. Ya hay indicios de una carrera armamentista entre los firmantes del AGP, lo que apunta a una posible reanudación de las hostilidades. Para evitar un retorno a la guerra, el AGP debe respetarse y aplicarse en su integridad.

Segunda: Los errores del Gobierno del Sur de Sudán deben ser identificados y analizados para diseñar medidas correctivas que prevengan la catástrofe anunciada. Si el problema es la falta de capacidad de gobierno, todas las partes implicadas deberían ayudar desde ya a crearla o reforzarla.

Tercera: Para mejorar la capacidad de autogobierno del sur es importante reconocer lo que ya se ha logrado con el establecimiento de las instituciones de gobierno, tanto en el Gobierno del Sur de Sudán como en cada uno de los estados sureños. También los líderes tribales poseen un potencial, inutilizado en su mayor parte, para mantener la ley y el orden en las zonas rurales. Ya fue usado de forma efectiva por la administración colonial, aunque más tarde las políticas postcoloniales y los efectos de la guerra han menoscabado esta capacidad.

Cuarta: Aunque la reforma del sistema de gobierno nacional para que la opción de la unidad resulte atractiva es una tarea ingente para la que queda poco tiempo, la puesta en marcha de cambios significativos que inicien el proceso de transformación democrática recogido en el AGP podrían mejorar las perspectivas de la alternativa de la unidad. Esto se puede conseguir estableciendo en todas las regiones del norte de forma inmediata un sistema de autonomía similar al del sur y haciendo un reparto de poder equitativo a nivel nacional.

Quinta: para corregir la tendencia a aislar la crisis en Darfur y los otros conflictos regionales en el norte de la situación en el sur, y para actuar frente a la marginación de las periferias a manos de la región central dominada por los árabes, Sudán debería ir más allá de la fórmula “un país, dos sistemas” estipulada en el AGP y adoptar un modelo confederado de “un país, múltiples sistemas”. Aunque la divisibilidad de una gran diversidad pueda preocupar, el actual modelo dominante de “un país, dos sistemas” ha demostrado ser más divisivo que aglutinante de acuerdo con el concepto inicial de unidad. El modelo “un país, múltiples sistemas” facilitaría las alianzas transversales que serían la base de la transformación democrática y del reforzamiento de la unidad nacional. La interacción armoniosa entre los pueblos de las diferentes regiones podría generar poco a poco un proceso de integración nacional que resultaría en la consolidación de la unidad tendente al modelo “un país, un sistema”, que sería el ideal.

Abyei sigue siendo un obstáculo para la paz, la unidad y la estabilidad en el país. Ahora que el NCP ha rebatido con éxito la demarcación de límites del Comité de Fronteras de Abyei gracias al pronunciamiento sobre la disputa del tribunal de arbitraje de La Haya — que claramente trata de forma ecuánime los intereses del norte y del sur en cuanto a fronteras y reafirma los derechos tradicionales de pastoreo de los miseriyas—, los firmantes del AGP deben demostrar buena voluntad y cooperación para garantizar la aplicación verosímil de la decisión del tribunal. Una muestra del Gobierno en esta línea ayudaría a promover la paz, la conciliación y la cooperación entre los dinkas y los miseriyas. Los dirigentes nacionales deben ser percibidos como líderes de todos los sudaneses, no de facciones, y deben proteger a todos los ciudadanos sin prejuicios ni

favoritismos. No se puede permitir que se repita la terrible destrucción que asoló Abyei en marzo de 2008. Es la responsabilidad del Gobierno de Unidad Nacional, y del NCP en particular, asegurar la paz y la seguridad en Abyei para que esta región vuelva a hacer de puente entre el norte y el sur, como históricamente ha sido y como reconoce y reafirma el AGP.

Cualquiera que sea el resultado del referéndum de 2011 en el sur, desde una perspectiva dinámica a medio o largo plazo, se puede seguir aspirando a la unidad. Al fin y al cabo, la unidad y la separación representan diferentes grados de relación que se puede reforzar o debilitar de acuerdo a factores cualitativos. El aspecto práctico de hacer de la unidad una opción atractiva requeriría la puesta en marcha de proyectos de desarrollo socio-económico de gran impacto en el sector de infraestructuras —especialmente en las zonas de unión entre el norte y el sur— y de los servicios sociales en las áreas de salud, educación y empleo —especialmente para los jóvenes—. Pero aún más importante es la dimensión moral del proyecto de unidad, que implica la creación inmediata de un modelo de identidad nacional que erradique los factores que han servido en el pasado de base para la discriminación y que fomente el sentimiento común de pertenencia a una nación en igualdad con todos ciudadanos.

Sin embargo, la posibilidad, e incluso la probabilidad, de que el sur opte por la secesión no se puede descartar y se debe abordar de manera constructiva, previendo los puntos problemáticos y tomando medidas para promover la convivencia pacífica y la cooperación entre el norte y el sur de Sudán, como vecinos que comparten profundos vínculos históricos. La libertad de movimiento a través de las fronteras, la residencia, el empleo y el reparto de recursos naturales vitales como el petróleo y el agua, se pueden negociar de manera que el beneficio sea mutuo. Con la perspectiva de una transformación democrática

encaminada hacia la reconstrucción de un Sudán sin discriminación, ni en el sur ni en el norte, y con la confianza mutua desarrollada mediante asociaciones de cooperación, no se debe descartar la reunificación, posibilidad que tal vez debería incluirse de forma explícita en las provisiones de una partición amistosa. Con estos objetivos en mente, la ONU, en estrecha colaboración con la Unión Africana, la Autoridad Intergubernamental para el Desarrollo y todos participantes en el AGP deben de permanecer comprometidos y vigilantes. Deben además ayudar con urgencia al diálogo y a las consultas en curso sobre temas cruciales; activar el apoyo necesario para poner en marcha proyectos que favorezcan la unidad y que produzcan un efecto inmediato; y abordar algunos de los problemas previsibles para evitar las consecuencias negativas de la independencia del sur.

No hay que olvidar que el incumplimiento del AGP podría tener consecuencias catastróficas. La experiencia ha demostrado que el desencadenamiento de una guerra en

respuesta a la violación de acuerdos de paz es a menudo espontáneo e incontrolable, mientras que las consecuencias negativas de la secesión se pueden prever y evitar. Dado el grado de desconfianza, el rencor asociado a las prolongadas guerras de identidad, el fácil acceso a armamento sofisticado y las tensiones vinculadas a la ruptura del país, si se reanudaran las hostilidades la situación adquiriría casi con toda seguridad las dimensiones de genocidio y de atrocidad a gran escala. Hay que evitar que esto suceda y el momento de tomar las medidas preventivas es ahora.

5. LOS DIEZ PRINCIPIOS EN LAS NEGOCIACIONES

Las negociaciones que cuentan con la mediación de una tercera parte son la alternativa a la confrontación violenta. Desde la independencia de Sudán, en el país se han alternado en dos ocasiones enfrentamientos violentos de consecuencias devastadoras con negociaciones que han desembocado en la resolución pacífica del conflicto. La primera guerra duró 17 años, desde 1955 hasta 1972, y llegó a su fin con el Acuerdo de Addis Abeba. La segunda se alargó durante 22 años, entre 1983 y 2005, y finalizó con la firma del Acuerdo General de Paz. La búsqueda de la paz duradera y la posibilidad de lograr una unidad nacional genuina y consensuada requerirán que el proceso negociador en curso se mantenga en el futuro inmediato.

La negociación y el campo afín de la diplomacia las considero básicamente como la gestión de las relaciones humanas entre individuos, grupos o países. Hay quien aduce que el conflicto es el estado normal en las interacciones humanas, que es inútil intentar evitar o resolver los conflictos y que lo único que se puede hacer es gestionarlos. Esta afirmación solo es válida si se entiende que en las relaciones humanas normales existen motivos de conflicto y que por tanto la existencia de conflictos es normal. Si por el contrario significa que el conflicto es la pauta normal de las relaciones humanas, yo consideraría esta postura empíricamente cuestionable y normativamente ambigua. Lejos de ver el conflicto como el estado normal en la interacción humana, creo que las personas tienden más a cooperar y a armonizar sus posturas incompatibles o potencialmente conflictivas y que el conflicto es la manifestación de la ruptura de la pauta normal de comportamiento. En esta línea, el conflicto es la colisión entre posiciones incompatibles como consecuencia del fracaso en la regulación, reconciliación o armonización de las diferencias. En situaciones normales, la sociedad se estructura en torno a valores fundamentales y normas que guían el comportamiento y regulan las relaciones para evitar una colisión de intereses o posiciones destructiva. Si las personas respetan los principios del código normativo, que es lo habitual, la pauta normal sería la relativa cooperación y el mutuo acuerdo, incluso dentro de un contexto competitivo. Catalogar esa situación como de conflicto sería hacer un juicio de valor negativo sobre motivaciones y acciones positivas y sobre el relativamente alto grado de éxito de las interacciones pacíficas.

Más importante incluso que la estricta interpretación empírica son las implicaciones normativas: considerar el conflicto como el estado normal en la existencia humana tendería a fomentar una actitud fundamentalmente de confrontación y de desconfianza. Hasta qué punto los miembros de una

comunidad muestran esta actitud puede depender en gran medida de la cultura y de su código normativo, entendiendo por éste el conjunto compartido y perdurable de valores, significados y creencias que caracteriza a un grupo nacional, étnico o de otro tipo, que guía su comportamiento.

La cultura en sí es un producto de la educación, formal o informal, a través de la cual las normas de comportamiento que una sociedad ha desarrollado a lo largo del tiempo se inculcan a las personas desde su más temprana infancia y pasan de generación en generación. La familia es la institución básica en la educación y, en particular, en la inculcación de los valores culturales fundamentales. Aún así, a pesar del papel clave de la familia y de la cultura en la adopción de valores, actitudes y técnicas de relaciones humanas, los individuos difieren unos de otros, incluso dentro de una familia, en su manera de entender, percibir y aplicar los valores. Y es precisamente la combinación de este condicionamiento cultural colectivo con la tendencia del individuo a absorber, aceptar y aplicar lo aprendido, lo que confiere importancia a las experiencias personales como aplicaciones concretas de valores, costumbres y técnicas de resolución de conflictos y diplomacia dentro de un marco cultural específico. El conflicto, considerado como el desafío a un orden extremadamente injusto, puede ser una búsqueda de reforma positiva.

Es importante señalar que el objetivo no es tan solo resolver un conflicto, sino resolverlo de una forma mutuamente satisfactoria. Esto significa que hay que ir a la raíz de los problemas y respetar normas fundamentales tales como la justicia y la dignidad humana. En otras palabras, si es necesario un cambio urgente, no se puede defender el statu quo en aras de mantener la armonía y la interacción pacífica.

En este contexto, el conflicto puede ser definido como la interacción entre dos o más partes en la que cual las acciones destinadas a lograr objetivos o defender intereses contrapuestos resulta en discordia en un grado variable. La principal dicotomía es la existente entre, por un lado, unas relaciones normales, armoniosas y de cooperación; y por otro, la confrontación perjudicial de adversarios, que en el peor de los casos puede culminar en violencia de alta intensidad. Tomando como referencia esta definición, la resolución de un conflicto es un concepto normativo cuyo objetivo es reconciliar, armonizar o gestionar intereses irreconciliables mediante la promoción de un proceso de interacción pacífica institucionalizada. La resolución de conflictos concibe estrategias dirigidas a restaurar o establecer el estado normal de las cosas y a elevar el nivel de la interacción pacífica, armoniosa, productiva y de colaboración.

El logro de la paz y la reconciliación se convierte en el objetivo común, pero solo es posible si ambas partes perciben la solución propuesta realmente como de interés mutuo. Teniendo en cuenta que las partes estaban dispuestas a entrar en conflicto, es de suponer que cada una tenga una visión subjetiva de lo que está bien y lo que está mal, y que cada una se otorgue a sí misma cierto grado de bien y coloque en la parte contraria cierto grado de mal. Estas percepciones subjetivas no se pueden ignorar ni en las negociaciones, ni en las propuestas de resolución del conflicto, incluso aunque no tengan, y no deban tener, mucha influencia en el proceso. En la resolución de disputas mediante negociaciones hay ciertamente una jerarquía de lo que está bien y lo que está mal, pero en última instancia no debe haber ni un ganador, ni un perdedor absoluto.

Si un individuo proviene de una cultura, una sociedad o una familia en la que la unidad, la armonía y la cooperación son altamente apreciadas, la discordia que genera un conflicto se convierte en un problema capaz de desestabilizar no solo la comunidad, sino también al individuo a nivel interno. Si además se presupone que en todos los conflictos hay factores causantes de los que ambas partes son responsables, aunque sea en distinto grado, entonces esa zona gris de incertidumbre en la que nadie tiene la razón absoluta debe crear un sentimiento de responsabilidad compartida entre los miembros de la comunidad debidamente formados. El deseo de normalizar la situación y restaurar unas relaciones amigables se convierte entonces en un objetivo de la sociedad, al igual que lo es del individuo.

Exposición de los principios

Los principios propuestos para una negociación deberían ser considerados en el contexto normativo esbozado arriba. Estos principios derivan de experiencias personales y se fundamentan en valores, normas y costumbres que tienen su origen en una familia africana y un contexto cultural concreto: el de los dinkas de Sudán. Integran experiencias que se solapan en el campo de las relaciones personales, la mediación y las negociaciones diplomáticas. Aunque sean personales y tengan sus raíces en el contexto cultural dinka, sudanés y africano, estos principios representan valores a los que se les puede atribuir validez universal, pese a las variaciones transculturales en los detalles y en su aplicabilidad.

Principio Uno: Ninguna parte suele tener toda la razón, aunque bien es verdad que raramente todas tienen el mismo grado de razón. Incluso cuando se está seguro de estar en lo cierto, hay que intentar ponerse en el lugar de la otra parte y mostrarle que se tiene un interés sincero en conocer su punto de vista.

Principio Dos: No es sano guardarse las quejas “en el estómago” o “en el corazón”. *Hablarlo todo* —el título de un libro que escribí sobre este asunto— no es solo la mejor manera de resolver las diferencias o las quejas, sino que es clave para la salud psicológica y física del individuo. Usando las palabras de un artículo que escribí a colación de este tema, con frecuencia “lo que no se dice, es lo que divide”.

Principio Tres: Mantener la dignidad es crucial en la resolución de conflictos. Hay que abstenerse de decir cualquier cosa que pueda humillar a la otra parte, y, si es posible, es aconsejable mostrar deferencia incluso a un adversario, siempre que no trate de mera adulación.

Principio Cuatro: Es importante escuchar con mucha atención y permitir que la otra parte diga todo lo que considere relevante. Resolver diferencias no es un juego de ingenio o inteligencia, sino que se trata de abordar las preocupaciones reales de las partes en conflicto. En las leyendas dinkas la astucia del zorro al final siempre se le vuelve en su contra. Lo ideal es que en la solución haya elementos de toma y daca, que deberán ser proporcionales a la variable de quien lleva más o menos razón. Al valorar el acuerdo negociado de una disputa, no es aconsejable alardear de victoria, ya que eso implica la derrota de la otra parte y, por tanto, un resultado insatisfactorio.

Principio Cinco: La memoria histórica de las relaciones da sentido y profundidad a las posiciones de las partes y a los temas que se tratan, pero debe evitarse hacer hincapié en recuerdos negativos. Por el contrario, hay que reforzar el diálogo constructivo con reminiscencias positivas de sucesos pasados, sin, por supuesto, distorsionar los hechos.

Principio Seis: El mediador tiene que ser percibido como imparcial. Si en algún aspecto se le considera más próximo a una de las partes, el mediador debe hacer un esfuerzo por acercarse a la parte más alejada. Sin embargo, este acercamiento no debe hacerse a costa del trato justo hacia la parte más próxima. Ser imparcial no significa no tener una postura sobre los temas en disputa, si bien las opiniones deben expresarse con cautela para maximizar el papel unificador y promover el entendimiento mutuo.

Principio Siete: El mediador debe escuchar pacientemente a ambas partes y mostrar que concede la debida importancia a los puntos de vista expresados por cada una de ellas, incluso cuando los errores en sus discursos sean obvios. La visión popular de que para la resolución de disputas en el sistema tradicional africano la gente se sentaba bajo un

árbol y conversaba hasta que se alcanzara el consenso, muestra un patrón de comportamiento africano ampliamente compartido. Cuando la aclaración del punto de vista del oponente sobre un tema en concreto pueda facilitar el proceso de acercamiento, el mediador debe interceder y ofrecer una explicación como parte de la construcción del consenso.

Principio Ocho: La sabiduría en el discurso y la habilidad en la persuasión son importantes, pero la capacidad de influir es fundamental. Esto significa que el mediador debe tener, o que se le suponga, la capacidad de apoyar el proceso con incentivos o con amenazas de consecuencias negativas en proporción a su responsabilidad en el éxito o el fracaso de la negociación. En el pasado, en la cultura dinka los poderes de las divinidades proporcionaban esa influencia necesaria. Hoy día influir en el equilibrio de poder para crear un “empate mutuamente dañino” —situación en que ninguna de las partes gana, pero la continuación del conflicto es dañina para ambas— y contribuir al avance del proceso de “maduración para la resolución” —tomando prestadas las famosas palabras de William Zartman, renombrado especialista en análisis de conflictos— es parte de la capacidad de influencia que puede facilitar de forma efectiva la tarea del mediador.

Principio Nueve: La negociación diplomática combina elementos tanto de la interrelación personal como de la mediación a través de terceros, en el sentido que el negociador representa a su gobierno y de alguna manera aúna la negociación con la mediación entre los gobiernos implicados. La discreción y la creatividad para adaptar la posición oficial a la dinámica de la situación con cierta flexibilidad son muy importantes de cara a las posibilidades de éxito del establecimiento de puentes entre las partes.

Principio Diez: Pese a que los negociadores tienden a ver los frutos de su trabajo en términos de ganar o perder —especialmente ante la opinión pública del grupo al que representan—, nadie debería verse en el resultado final como ganador o perdedor absoluto, excepto cuando sea extremadamente claro que una parte lleva toda razón y la otra no. El objetivo debe ser encontrar una fórmula beneficiosa para ambas partes y que, cualquiera que sea la proporción de ganancia o pérdida en el resultado negociado o mediado, ninguna de ellas haga alarde de su victoria, humillando a la otra al catalogarla de perdedora (ver Principio Cuatro). Tiene que haber cierta paridad en las ganancias y pérdidas en ambos lados.

El equilibrio entre lo universal y lo particular

Los principios expuestos anteriormente no pretenden ser la panacea; muy al contrario, reflejan un particular sistema de valores emocionales que puede ser más relativo que universal. Además, también sería presuntuoso, y peligroso incluso, presuponer que son técnicas de negociación universales y científicamente probadas, aplicables a todas las situaciones y contextos culturales. Por supuesto, existe un área de conocimiento especializada en la negociación de conflictos y las personas con experiencia en ese campo tienen un papel que desempeñar en estos procesos. Pero para ser eficaz hay que lograr la sinergia entre las técnicas universales y los métodos específicos asociados a contextos culturales.

En Sudán se suele recurrir a los jefes y a los ancianos —conocidos como *ajaweed* en el norte y bajo otros muchos nombres en todo el país— para mediar de forma efectiva en los conflictos entre tribus. De hecho, la mayoría de los conflictos tribales, extendidos por todo el país, se resuelven gracias a estos mediadores tradicionales, en su mayoría analfabetos, pero poseedores del conocimiento y la sabiduría indígena. Cuando uno piensa en el número relativamente pequeño de administradores coloniales que controlaban ese vasto país de dos millones y medio de kilómetros cuadrados, es fácil entender cómo se hace un uso eficaz de los líderes tradicionales para mantener la ley y el orden, la paz y la seguridad en las zonas rurales. No hacer uso de esta capacidad indígena explica muchas de las guerras tribales y de la violencia que han caracterizado el periodo postcolonial. Hay que revertir esta situación para que Sudán mejore su capacidad de promover la paz, la seguridad y la estabilidad en todo el país.

Este texto es una adaptación del capítulo "*Sudán: Educación, Cultura y Negociaciones*" escrito por Francis Deng, que forma parte del libro "*Incluso en el Caos: Educación en Tiempos de Emergencia*", editado por Dr. Kevin M. Cahill (Nueva York, *Fordham University Press*, 2010)

CONCLUSIÓN

Durante la primera mitad de 2010, la posición de la comunidad internacional sobre la situación de Sudán ha sido bastante constructiva en varios aspectos. Hay consenso en apoyar la aplicación plena del AGP, lo que implica la celebración de los referendos en el sur y en Abyei en la fecha prevista y el respeto a la decisión de las urnas, sea la unidad o la partición. En consecuencia, se deben poner en marcha de manera diligente, verosímil y transparente los mecanismos necesarios para la celebración de los referendos, tales como la demarcación de las fronteras, el establecimiento de las comisiones para los referendos, el registro de votantes y otros requerimientos procedimentales.

También se acepta ampliamente que las partes deben negociar acuerdos postreferendos —entre el norte y el sur, y entre dinkas y miseriyas en Abyei— para asegurar que las consultas populares se celebren en un ambiente de calma y para garantizar unas relaciones pacíficas duraderas en el futuro.

La comunidad internacional también ha reparado en la importancia de volver a situar Darfur dentro de la compleja red de conflictos regionales interconectados en Sudán. Desde el estallido del conflicto en 2003, la comunidad internacional ha tendido a considerar Darfur de forma aislada con respecto a la situación en el sur y en otras regiones del norte. Pero en realidad, Darfur es solo el último de una serie de conflictos regionales —con la marginación de las zonas periféricas a manos del centro como causa común— que se inició en la década de los cincuenta en el sur; se extendió a mediados de los ochenta hacia el norte a las regiones de las montañas de Nuba, del Nilo Azul y del Mar Rojo; y llegó finalmente a Darfur. Esta dicotomía centro-periferia se corresponde con una división árabe-africana que está basada más en percepciones que en realidades.

El informe del Grupo de Alto Nivel de la Unión Africana sobre Darfur—presidido por Thabo Mbeki, ex presidente de Sudáfrica, cuyo mandato se ha ampliado para que abarque la aplicación del AGP— ha devuelto el equilibrio adecuado para ver el conflicto de Darfur dentro del contexto nacional, en conexión con el AGP y con el sur. Estas complejas consideraciones llevan a los propios sudaneses y a la comunidad internacional a la conclusión de que el debate sobre la unidad y la partición de Sudán no termina con el referéndum de autodeterminación del sur. Incluso si el sur opta por la secesión, el norte y el sur seguirían estrechamente vinculados — física, económica, social y culturalmente—. Y lo que es más importante, el sur continuará identificándose con las reivindicaciones de las regiones marginadas del norte y con su lucha en pos de un *Nuevo Sudán*, donde no exista la discriminación por motivos de raza, etnia, religión, cultura o género. Si la visión del

Nuevo Sudán se hubiera materializado, habrían quedado establecidas las bases para la unidad nacional.

Por este motivo, sería más aconsejable considerar la opción de la secesión como un arreglo provisional que deja la puerta abierta a la reunificación. De la misma manera, se debería establecer alguna forma de asociación que mantuviera los vínculos de la unidad y la estrecha cooperación. Eso no solo conservaría viva la idea de la unidad, sino que también facilitaría un clima de buena voluntad y de partición pacífica si ése fuera el resultado del referéndum de autodeterminación en el sur.

Abyei también plantea un problema similar entre el norte y el sur. Si el referéndum del sur se celebra antes que el de Abyei y el sur vota a favor de la unidad, yo abogaría por un estatus especial para Abyei dentro de la unidad. La cuestión entonces es si un estatus especial para Abyei dentro del modelo de un sur independiente es posible. El objetivo sería que tanto el norte como el sur tuvieran una relación positiva con Abyei y negociar un tipo de alianza que otorgue a la región un estatus de pertenencia a ambos para siga siendo el vínculo dinámico entre el norte y el sur. El Consejo Dinka-Miseriya para la Paz y el Desarrollo —que propuse durante las negociaciones del AGP— proporcionaría la base popular a esta asociación. Para que este arreglo funcione y Abyei sea un atractivo punto de encuentro, interacción y cooperación entre el norte y el sur, tanto los dinkas como los miseriyas tienen que salir beneficiados de manera clara y tangible. También debe haber un beneficio claro para el norte y para el sur con el estatus de Abyei.

Siempre he pensado que los sudaneses tienen mucho más en común, que trasciende la división norte-sur, de lo que ellos creen. Pero, tal vez por esa misma razón, hay una tendencia a enfatizar lo que divide, lo que proporciona a los extremistas de ambos lados las consignas para legitimar sus planes de división. Es paradójico que la idea de la unidad en el marco de un *Nuevo Sudán* provenga del sur, al que históricamente se ha asociado con la independencia. También es positivo que esta idea haya calado en la visión de las gentes de las regiones marginadas del norte, que son la mayoría. Al Gobierno del centro se le plantea entonces el problema de responder de manera positiva a las demandas de la inmensa mayoría de los sudaneses de un *Nuevo Sudán* de plena igualdad, sin discriminación por motivo alguno.

Ésta es una visión demasiado elevada y persuasiva para se resista ningún líder que merezca legitimidad nacional e internacional. La única consideración práctica es idear una manera de proteger los intereses de la ahora minoría dominante a medida que vaya cediendo el poder a la actual mayoría marginada. Para promover la unidad nacional y la sensación de un propósito común es necesaria la magnanimidad tanto de los que ceden el control como de los llamados a asumirlo y a trazar el destino de la nación

EL INSTITUTO PARA ASUNTOS HUMANITARIOS INTERNACIONALES

FORDHAM UNIVERSITY, NUEVA YORK

El Instituto para Asuntos Humanitarios Internacionales ofrece a los estudiantes de todos los niveles una base académica para el estudio de la asistencia humanitaria. En un momento en el que el terrorismo y la guerra ocupan el primer plano de los asuntos internacionales, el instituto está comprometido con la formación de trabajadores humanitarios, mediante el desarrollo de las habilidades necesarias claves para que puedan adaptarse a diversas situaciones de crisis y operar de forma eficiente en situaciones desconocidas y a menudo peligrosas.

A través de cursos multidisciplinarios en las áreas de la asistencia humanitaria, la negociación y la gestión de desastres —que se ofrecen tanto a nivel de pregrado, como de postgrado—, el instituto forma a los estudiantes en la resolución práctica de las crisis mediante el diálogo y la cooperación. También los prepara para que desarrollen su carrera profesional en el ámbito humanitario, mediante la combinación de la formación académica y la experiencia en el terreno, donde participan tanto estudiantes como profesores.

Con el fin de cumplir más allá de nuestros objetivos, el Instituto para Asuntos Humanitarios Internacionales organiza con frecuencia coloquios, mesas redondas y actos sociales para facilitar contactos profesionales en el ámbito humanitario. La colección monográfica *Asuntos Humanitarios Internacionales* y otros trabajos son ampliamente utilizados tanto en la esfera universitaria, como en el terreno. Ofrecemos asesoramiento sobre asuntos humanitarios a Fordham y a la comunidad internacional. Gracias a estas iniciativas, el instituto crea un punto de unión único entre el mundo académico y los proyectos humanitarios de primera línea por todo el globo.